

CARMEN

FELIPE S. VELAZQUEZ

Novela de costumbres puntanas

(Año 1922)

INDICE

Plausibles anhelos del Gobierno de la Intervención Nacional de San Luis, al mando del Sr. Interventor Dr. Santiago A. Belingeri.	2
AL LECTOR.....	3
I	4
II	8
III	9
IV	14
V	16
VI	18
VII	21
VIII	26
IX	31
X	36
XI	39
XII	41

A mi querida esposa Carmen Ojeda.

CARMEN

(Novela de costumbres puntanas)

Plausibles anhelos del Gobierno de la Intervención Nacional de San Luis, al mando del Sr. Interventor Dr. Santiago A. Belingeri.

La experiencia ha demostrado a la evidencia que el proceso de engrandecimiento de los pueblos necesita como factor indispensable de la mente disciplinada, de la cultura intelectual, que como cabeza pensante oriente y dirija la obra civilizadora y de prosperidad en sus múltiples manifestaciones, e inspirado en tan elevados ideales el Sr. Interventor Nacional ha dictado el decreto que a continuación se transcribe como reconocimiento justiciero de su meritoria acción gubernativa:

San Luis, Octubre 4 de 1921.

Vista la nota que precede por la que el Sr. Felipe S. Velázquez solicita un subsidio de quinientos pesos moneda nacional, para imprimir su libro denominado "Costumbres Puntanas", comprometiéndose a entregar al Gobierno de la Provincia doscientos cincuenta ejemplares en el término de cuatro meses, y

Considerando:

- 1- Que es deber del gobierno fomentar mediante otorgamiento de premios o subsidios la publicación de*

obras que contribuyan al desenvolvimiento intelectual en los diversos órdenes de cultura.

- 2- *Que los diversos trabajos realizados hasta la fecha por el recurrente, como "Geografía de la Provincia de San Luis", "El Chorrillero" y "embellecimiento de la Ciudad de San Luis", han sido juzgados favorablemente por la crítica nacional y extranjera, mereciendo medalla de oro y diploma de honor en la Exposición Internacional de San Francisco de California.*
- 3- *Que estos antecedentes y los altos cargos que ha desempeñado en la administración de la Provincia lo hacen acreedor a la consideración de este gobierno.*

Por tanto:

En uso de sus facultades el Interventor Nacional

Decreta:

Artículo 1- Concédese a Don Felipe S. Velázquez un subsidio de cuatrocientos pesos moneda nacional para imprimir el libro "Costumbres Puntanas" del que es autor, debiendo hacer entrega a este Gobierno antes del 15 de Noviembre del corriente año la cantidad de doscientos ejemplares de la referida obra.

Artículo 2- Comuníquese, publíquese y dése al registro oficial.

*BELLINGERI
Armando V. Mohando.*

Es copia: Máximo Agoglia, Oficial 1.

AL LECTOR

Una novela de costumbres sociales, trazada con la conciencia del pleno conocimiento de causa y la sinceridad del relato, entraña el reflejo psicológico del pueblo, de la sociedad cuyas modalidades se ponen de relieve.

Nuestra obrita lleva el sello matemático de estas apreciables propiedades, aquilatadas al calor del meditado raciocinio que trama los argumentos con la verdad y la justicia por emblema, procurando en la exposición severa, cáustica en muchas ocasiones, o de encomio y aplauso, en otras, corregir las costumbres reprochables o estimular las que se encarnan en el bien y la moral.

Se nos maldecirá, quizá, por nuestra crítica incondeciente.

La buena intención no se preocupa de la fulminación del rayo, o del anatema del criterio apasionado que solo discurre en los estrechos horizontes de los procederes interesados, por criticables que sean.

Sin embargo, no descendemos a los bajos fondos del pueblo, como algunos autores, para buscar en ellos los protagonistas que en la novela o en el drama presenten a la sociedad las miserias de la vida caracterizadas en acciones vulgares, deshonestas o censurables, en pugna con la moral y la buena educación, que, a nuestro juicio, no educan ni moralizan, alcances saludables que debe proponerse la obra intelectual en armonía con la verdadera civilización y que, por el contrario, son perniciosos ejemplos de corrupción elevados a la escena social entre flores y aplausos, que fácil y dolorosamente pervierten los corazones incautos.

Nuestra novela, ajena a ese néctar del deleite embriagador de las almas que procuran emociones en el proceso fútil del mundo alegre, se desenvuelve en las alturas de la sana moral; allí nacen y actúan sus protagonistas, ensalzando lo bueno e impugnando lo incorrecto, lo pernicioso o superficial, no con la representación de crímenes, infidelidades, inconsecuencias, intrigas repugnantes, la ebriedad o abusos de la inexperiencia juvenil, de la debilidad humana, sino con el ejemplo salvador revestido con el consejo meditado, prudente a base de legítimas tendencias de enseñanza moral y educadora.

En estos nobles anhelos se inspira nuestra obra, que como un esfuerzo por el perfeccionamiento de las costumbres ha de condecir con las no menos nobles aspiraciones de nuestra sociedad culta.

CARMEN

NOVELA DE COSTUMBRES PUNTANAS

I

Eduardo y Dolmira, que pertenecían a la primera sociedad de San Luis, habían tenido ocasión de conocerse y brindarse mutuo aprecio en los bailes y festivales que frecuentaban con tesón, buscándose con el interés natural del apasionamiento y entusiasmo de dos almas juveniles que se aman con el cariño sincero e incomparable de su edad.

Dolmira, simpática por su gracia y carácter original, como hija legítima del bello clima sanluisense y cuyo hermoso rostro mostraba entre los celajes purpúreos de la aurora las constantes caricias del chorrillero, contaba solo diez y ocho años.

Eduardo pertenecía a aquella falange de seres, que puede decirse nacieron para hombres serios y cumplidos a carta cabal, no porque acostumbrase no reírse o fingiera no hacerlo, sino por los procedimientos correctos y nobles con los que revestía todos sus actos.

Cumplía los veintiún años y habíase titulado en una profesión científica de recomendable porvenir.

Sobre tan simpáticas perspectivas, porque cuantiosas fortunas no ostentaban sus hogares, los jóvenes enamorados dieron el último toque a su ideal acuerdo matrimonial.

El corazón juvenil impulsado por almas nobles y puras había decidido ese contrato social, levantando bellísimo altar a las ilusiones y esperanzas, fruto del amor sincero; seguramente la cabeza habría de confirmarlo y aplaudirlo más tarde, porque también en su realización, sobre los ideales del alma, primaban las conveniencias personales y sociales, que predecían completa felicidad en el soñado hogar.

El convenio conyugal fue concertado *ad-referéndum* entre los contratantes, y aunque es muy difícil, si no imposible, desatar el nudo que ciñe el amor, cada uno de ellos se encargaba de dar cuenta de sus propósitos nupciales y gestionar el consentimiento consiguiente de los autores de su existencia; pues, ambos contaban con padre y madre cariñosos, que se miraban en ellos, según el modismo común.

Los padres de Dolmira nada tuvieron que observar, creían con razón que su hija se colocaba bien, y el delicado problema de su misión social estaba resuelto satisfactoriamente.

El padre de Eduardo, D Manuel Sales, tomó de la mano con cariño a su hijo y le hizo atinadas reflexiones, como fruto de sus conocimientos del mundo y lógica experiencia. Ninguna dificultad se presenta, le dijo, respecto a la niña que has elegido para compañera de tu vida, la conozco bien que es todo una señorita, que de seguro hará tu felicidad; pero mucho dudo, que dada tu corta edad, seas capaz como hombre, con las libertades y recursos propios del sexo, de mantenerte mientras vivas en la misma disposición que el entusiasmo tonifica ahora, cooperando con idéntico ardor al sostenimiento de aquella dorada felicidad.

El amor en la juventud es en muchas ocasiones un volcán de proporciones extraordinarias, que una vez abierto su cráter da salida a todo el poderoso fuego acumulado, quedando únicamente las cenizas.

El matrimonio no es pan para un día, es el majar dulce o amargo de toda la existencia, y su misma gravedad impone la obligación de pensarlo mil veces, y cuando se ha contraído, afrontarlo con delicadeza, con honor, fundamentos en que descansa un hogar, una familia feliz y respetable.

El hombre que no se considera con valor y fuerzas suficientes para cumplir este programa doméstico por debilidad o que haya de dejarse dominar por las pasiones, los vicios u otras orientaciones impropias, no debe casarse; pues, no hay mayor calamidad en los sentimientos de la moral social que un hogar desgraciado.

Así, continuó el padre de Eduardo, este problema debes resolverlo como hombre de ciencia, colacionando entre muchas otras, como cantidades conocidas, las reflexiones que te he señalado, para buscar en la ecuación social una sola incógnita: la felicidad, que como verás, muchas son las operaciones matemáticas y filosóficas que corresponde resolver, debiendo en todas imperar el carácter como elemento técnico y la perseverancia como agente moral.

Hasta aquí había llegado el padre de Eduardo en sus oportunos y sabios consejos, que el último atendía con solícito interés, y comprendiendo que la peroración había terminado, dijo con acento de absoluta convicción: padre mío, he escuchado complacido tan acertadas indicaciones, que reflejan el fruto maduro de la experiencia, fundada en concientes estudios sociológicos; sin embargo, mi determinación de construir un hogar propio es también el resultado de mis constantes meditaciones en cuyos cálculos sentimentales y materiales figuran en primera línea todas las reflexiones que tú has perfilado. No soy extraño al pensamiento y convicción de un hogar digno y feliz, como tampoco a los medios de conseguirlo.

Esta parte del programa es más bien cuestión de honor y buena voluntad; es la obra del proceso social, desarrollándose con el sentimiento del bien o del mal por elevación de miras o corrupción moral.

Ahora veremos las razones que apoyan mi convicción de cambiar de estado civil a esta altura de la vida.

En primer lugar no hay ni puede existir mayor satisfacción para el corazón humano, porque sin amor no hay vida real ni ideal, que compartir con el ser que se ama de todos los deleites y sinsabores que la naturaleza nos ofrece a cada paso.

Una compañera noble y cariñosa es después o conjuntamente con la madre, la única que goza con nuestras alegrías y sufre nuestras amarguras.

El hogar es el paraíso del organismo social, reposo de las actividades y acciones íntimas; en él descansa la virtud, el honor, la tranquilidad y bienestar de la gran familia humana; es el foco que ilumina el alma, el corazón, la cabeza, con los destellos majestuosos de la luz incomparable del amor purísimo.

El hombre que considera resuelto el problema de su vida económica, cualquiera sea el coeficiente que responda cotidianamente a su solución, como por mi parte lo considero, continuó Eduardo, debe preocuparse, como medida previa, de constituir su hogar, poniendo al servicio de tan saludable y grandiosa obra todos los recursos morales y materiales de que le sea dado disponer. Levante con esmero en su portada la bandera de la virtud

y del trabajo y basta, que la suntuosidad, a cualquier potencia algebraica que se eleve, no le señalara mayor esplendor en los dominios de respeto y tranquilidad si todo ese conjunto deslumbrador no se apoya en aquellos preciosos atributos.

Mirada, ahora, la cuestión desde el punto de vista de la conveniencia, que llamaré personal, debo hacer notar, mi querido padre, que el hombre por incapaz o desarreglado que sea nunca es más moral y económico que siendo casado; hay una constante obligación sagrada que atender y cumplir; se imponen y sobreponen a todo compromiso, despreocupación o descuido, las necesidades consiguientes y diarias de una familia querida, de seres que dominan con su presencia, cariños, lágrimas y exigencias al hombre más abandonado.

Al efecto tienes tú un ejemplo práctico en mi mismo, en este tú hijo, que, mandando modestia al cielo, todo el mundo considera juicioso, sensato y lo que se quiera; tú no dudas que desde el día que termine mi modesta carrera he ganado emolumentos importantes, percibiéndolos mensualmente, como empleado nacional; sin embargo, en cualquier instante puedo sin peligro alguno darme vuelta los bolsillos, que no saltará ni un ochavo; muy natural y lógico ese eclipse de centavos, porque Eduardo, el generoso Eduardo, como lo califican sus amigos (al tonto hay que decirle valiente para que se haga matar) ha pagado en las confiterías, clubs, hoteles, etc., tantas copas con sus accidentes respectivos, que con su contenido podría muy bien llenarse el dique del "Potrero de los Funes".

Si, pues, bien se explica esta liberalidad en un hombre soltero; pero en un casado sería un crimen, por cuanto los primeros amigos son su esposa e hijos, investidos de los justos y legítimos mirajes del porvenir, diseñados en el programa social con los títulos inconmovibles de pan, educación, comodidad y tantos otros accidentes de la lucha por la existencia.

El padre de Eduardo, vencido ya por las razones de su hijo, que constituían el verdadero plasma del hogar, le manifestó, restregándose las manos en prueba de satisfacción; nada queda por observar a tus propósitos; tienes los legítimos ideales, como teoría, y la sana intención responderá de concordantes consecuencias prácticas. Hágase, pues, tu voluntad, que mi consentimiento legal se adorna con los nobles sentimientos de mi alma: es un caso sublime de amor paternal en que la cabeza y el corazón se acuerdan para bendecir a un hijo noble en sus sentimientos y maestro en sus pensamientos y aspiraciones.

Despejado así de los celajes paternos el camino al Himeneo, las bodas se celebraron al amparo de la más cordial armonía de parte de la familia y amigos, alcanzando las proporciones de un verdadero acontecimiento social, según la frase usual para mejor acentuar el realce de tales actos.

Los novios fueron colmados con los valiosos regalos de estilo, como la expresión de aprecio que sus amigos de la sociedad en general le dispensaba, notándose a la vez que la chismografía de

costumbre regional no había entrado en mayores comentarios desfavorables a los desposados, por tratarse de dos jóvenes de pocos rozamientos con el mundo.

Tampoco podía descuidarse otra exigencia social, tan molesta como dispendiosa; el viaje o paseo de luna de miel por la capital federal u otra ciudad donde se gaste mucho y los desposados puedan verse libres de mosquitos conocidos.

Nuestra gentil pareja se recreó por la metrópoli argentina.

II

Cumplidas ya todas estas exigencias que impone el cambio de estado, como sagrado culto a la costumbre, Eduardo entregóse con entusiasmo y labor a formar su hogar, conformándose a su programa de vida.

Adquirió un lote de terreno en calle.....donde debía levantar una casita cómoda y comfortable, confeccionando al efecto él mismo sus planos y presupuestos, cuya corrección era presumible, dado los conocimientos técnicos del autor.

No bien dio principio a la obra, Eduardo recibía diariamente una imprudente y tenaz avalancha de consejeros oficiosos, en su mayor parte profanos en construcciones arquitectónicas, que emitían sin el menor recato sus opiniones sobre los planos y disposiciones a que convenía sujetar el edificio, embellecimiento de su fachada, ventanas, puertas, balcones, chambranas, arquitrabes, cornisas, techos y pisos; material y fabricas donde se preparaba de mejor calidad; composición de las mezclas, y todo cuanto ocurría en la mente de aquella improvisada academia docente; nada escapaba a su ojo crítico y soberano de *magíster*.

Eduardo oía impasible y sonriente a aquel impertinente códex de concejos técnicos casi todos diferentes y desprovistos hasta de sentido común; parecía que tales profesores habían cursado en diversas escuelas de arquitectura; sin embargo, fastidiado con semejante abuso de confianza, de que lo hacía víctima tanto comedido, instaló un secretario, con su mesa provista de los útiles necesarios, en lugar visible, y en tono amable decía a los consejeros que se presentaban: sírvase pasar a la mesa para que mi secretario anote su importante referencia.

La lección fue cruel, pero muy oportuna contra tan censurable costumbre, dando por resultado que los consejeros desaparecieran como por encanto.

La construcción terminó, como era racional, sujeta en todo su procedimiento a los proyectos y plan de Eduardo, aunque no dejó de pasar malos momentos con los famosos consejeros, a quienes, contrariando sus sentimientos de bondad y fina educación, supo desterrar con su ingeniosa maniobra.

La casita fue montada en condiciones modestas, sin gran aparato de lujosos adornos y muebles, pero en todas sus dependencias se palpaba gusto, corrección, comodidad e higiene.

III

Confortados así los esposos Sales, cumpliendo con las reglas de cortesía, abrieron su flamante mansión a sus amigos y sociedad toda de San Luis. En la tarjeta de misiva se fijaba los martes y sábados como días de visita.

La novedad es un poderoso atractivo, y sea obedeciendo a este ideal, los unos, y por aprecio o interés de estrechar relaciones, los otros, la habitación de Eduardo se veía favorecida por numerosa concurrencia, especialmente del sexo bello.

Dolmira con la dulzura de su fina educación y de su carácter amable atendía solícita sus visitantes, procurando hacerles agradable y feliz la permanencia en su compañía.

Dolmira era discreta, prudente y reservada por naturaleza; su conversación amena y correcta marcaba un compás de seriedad y cordura a toda prueba, sin dejar sentir expansiones de apasionamiento o maledicencia que comprometieron a terceros. En una palabra, revestía los adornos morales de una verdadera dama de corte.

Sin embargo, no todas sus visitas se cuidaban de guardar esta misma compostura. Muchas de ellas hacían alarde de su franqueza, sin pelos en la lengua, según decían, y al amparo de esta propiedad de su idiosincrasia natural tramaban su verba elocuente y sagaz con las virtudes y defectos, reales o imaginarios, de la sociedad puntana; para su criterio mordaz no había, según la sentencia vulgar, hombre honrado ni mujer buena, a excepción de los que encontraban presentes; allí tienen, decía alguna, la señora tal que ostenta tantas galas, exponentes de su forma, reflejadas en alhajas, títulos de distinción por su posición social y hasta de inusitado exhibicionismo, que dio tanto que murmurar en su juventud y aun al presente no cosecha el trigo muy limpio, citándose nombres masculinos que han sido cómplices del empañamiento de esa virtud que pasa por acrisolada.

Otra agrega, la señorita X que bate con aire imperial la deslumbrante belleza con que la adorna su costo y aristocrático tocador, se deshace en una coquetería desmedida, escuchándose con insistencia en el mundo hablador que no le falta cola de paja.

Llega el turno a alguna novia y el *descuereo* se eleva a la enésima potencia. En ella hay tela para todas las tijeras; la infortunada corre de boca en boca, teniendo cada una por lo bajo una centena de peros que imputarle, y el proceso de lenguas de

fuego la somete a una tortura tal que de la boca de un tiburón habría salido con menos desgarraduras.

En el análisis de su individualidad salen a relucir las condiciones físicas y morales que la maledicencia le atribuye, su estirpe es mulata, indiana o mestiza o tiene vinculaciones con esas razas o ramas de la especie humana; es fea, negra y se pinta o mas bien, se retoca como una bailarina de teatro; si es gorda, la encuentran diforme, desproporcionada, como una jamona que todo le sienta mal; la ropa le llora, la ridiculiza, de tal modo que parece reclamar a gritos: ¡Sáquenme de aquí! Cuando es delgada ya la desgraciada toca el último grado de tuberculosis, compadeciéndola todos, y aún más al prometido, que esta ciego y se propone cargar con un cadáver; empeño que solo puede ocurrírsele aún tonto que ha perdido la chaveta.

Tampoco le queda mucha juventud, porque solo se trata de una vieja que ha fuerza de cosméticos borra en algo las huellas de los muchos chorrilleros que han sacudido su indumentaria; los dientes son postizos, el cabello abundante y hermoso que luce lo llevaron primero otras que descansan ya en la mansión eterna, y ese decorado de cejas y pestañas encarece la pavesa de las velas de cebo.

Gasta un andar desairado, que la asemeja a una talquinia desquiciada; defecto que acusa un dislocamiento físico, que trata de ocultar sin conseguirlo.

Su indumentaria esta revestida de una forma o alma interior, tramada de trapos poco higiénicos, globos de goma, diarios viejos y muchos componentes más de idéntica naturaleza.

Este embutido o coraza imperforable forma el corte escultural de la niña, que oculta y transforma su figura de tal modo, que cuando el novio, ya marido, se proponga llegar a la realidad de las caricias conyugales, en presencia de aquel embalaje misterioso, tendrá que exclamar alarmado: ¿dónde está el cuerpo de mi mujer?

Desfilan ahora las condiciones morales. ¡Tapémonos los oídos! Porque, según la califican, la muchacha es coqueta a carta cabal; se busca el cortejo de todos los que se presentan y su dudosa seriedad compromete con frecuencia su augusto título de señorita.

La nota malediciente se eleva así en la escala del *descuereo* hasta más allá del si bemol; no faltando quien murmure en secreto y con las reservas consiguientes: hasta se dice de ella “que ha usado pañuelo de otro”.

Si, pues, como medio de entretenimiento social estos tribunales diabólicos convierten en jirones la conducta de las honestas novias, que para su felicidad estarían inocentes que servían a la implacable maledicencia humana, siéndolo quizá también de los pecados que se les atribuyen.

Esta forma de chismografía, que en nuestros círculos sociales se le llama *descuerear*, se prolongaba por horas y horas y en sus funestos capítulos iba desfilando toda la sociedad.

Al principio Dolmira, aunque contrariando su manera de pensar, por cortesía y complacencia con sus visitantes demostraba

entretenerse con estas acerbas críticas chismográficas, verdaderos ataques cobardes y sin piedad a la persona y conducta del prójimo ausente, para cuya función tan poco edificante el corazón humano parece desprenderse de todos los nobles y sublimes atributos del sentimiento, conservando solo el veneno de la perfidia, que al impulso de las pasiones, la venganza, la envidia o el mero placer de hacer el mal, procura inocular en sus semejantes, esperando desconceptuarlos, deprimirlos con la conciencia criminal que de la calumnia algo queda, como decía Maquiavelo.

Así, Dolmira comprendió que sus sala se había convertido en un foco insano, cuyos resplandores reflejaban desahogos y expansiones contrarias a los respetos y consideraciones generales y personales, especie de desolladero social, comprometiendo su seriedad tan encomiable, lo mismo que la de su esposo, y pensó en orientar las reuniones sucesivas por el sendero de la verdadera cultura social, objetivo que se tuvo en mira al poner su casa a disposición de sus relaciones.

Al efecto llamó la atención de Eduardo sobre su pensamiento de desviar aquellas corrientes de solaz, que tanto la molestaban por considerarlas impropias y perniciosas.

Seguramente, dijo Eduardo, esta forma de temas tan censurables reemplazan con frecuencia las conversaciones amenas y edificantes, propias de la gente culta y respetuosa de la conducta buena o mala del prójimo, y yo por mi parte, de acuerdo con mi manera de pensar, podría adoptar una medida enérgica para extirparlas, pero es necesario proceder con cautela para no producir los resultados del tóxico que se ingiere en fuertes dosis procurando combatir una enfermedad y concluye por matar al paciente.

Si, pues, esas expansiones tan en uso general, que a nosotros nos repugnan, son hijas de la costumbre, que se remonta, no se sabe a qué épocas, siendo panacea de la gente en esta como en otras ciudades pequeñas, por aquello de pueblo chico, infierno grande.

Los pueblos se atribuyen legítima facultad aun de sus propios errores, y racional es reconocer el derecho a sus costumbres, que jamás reformador alguno pudo borrar o modificar de un plumazo y de ahí que no hay redentor que no salga crucificado.

Tenemos por delante este monstruo invencible, y por convicción o temor debemos rendirle homenaje, discurriendo con ánimo sereno, con toda la filosofía especulativa de la época, si como matrimonio joven, principalmente en todas las manifestaciones de la gestión social, nos conviene seguir alistándonos como miembros de la comunidad, aceptando esa faz externa de la idiosincrasia de una parte de la sociedad, o retirarnos al aislamiento por no considerarla suficientemente edificante.

En el primer caso y sin perjuicio de nuestros hábitos reservados y respetuosos del prójimo, corresponde ser prudentes en nuestras intimidades y aproximaciones con la sociedad para no chocar abiertamente, dando lugar a que se nos califique de tercos, orgullosos o mal educados. Con esta signatura lanzada por la vos

populi nosotros saldríamos perdiendo ante la opinión general, porque no es posible luchar contra fuerzas poderosas.

Por otra parte, estos mirajes poco halagüeños que notamos en algunos círculos de la sociedad puntana, son meramente externos.

Busquemos ahora en ella las costumbres buenas y encontraremos que su origen se remonta a más de tres siglos de existencia con abolengos de virtud y nobleza moral muy respetables.

Su desencadenamiento de tantos años ha conservado la tradición de la elevación de la estirpe y las costumbres morales de un pueblo celoso del galardón hereditario.

El cosmopolitismo, que seguramente es vigoroso agente de la actividad vital en sus múltiples tendencias, aunque no siempre se distingue como modelo de costumbres sociales, no ha conseguido modificar en mucho aquellos hábitos determinantes de una antigua organización meritoria y digna de los mayores respetos, como domina en las poblaciones nuevas, que acariciando modalidades modernas se desvían con frecuencia de la normal que perfila las reglas del buen tono cultural.

La mujer puntana es buena hija, noble esposa, cariñosa madre, modesta, inteligente, hacendosa, culta y virtuosa por naturaleza, quizá sin rival dentro de los horizontes mundiales; constituye con estos relevantes atributos la plataforma de una sociedad clásica, honrosamente vinculada con nuestra historia, porque en todas las épocas de su desenvolvimiento hubo en su seno patricias, mártires y heroínas venerables. En todos los instantes la mujer puntana puso su esfuerzo al servicio de las grandes causas por el bien y engrandecimiento comunal; y así la vemos abnegada, resuelta, valerosa, impulsando con su palabra cariñosa, sincera, dulce, convincente, enérgica, como jamás corazón ni cerebro humano, interviniendo en el proceso de nuestra existencia colectiva, para ayudar a la acción, preparando y allegando los elementos que fueran menester, ya actúe en la obra como cabeza dirigente o en el rol de simple colaboradora del trabajo confiando por su naturaleza a la gestión masculina; siempre el bello sexo tiene energías para llevar a cabo con éxito la labor entregada a su esfuerzo palabras de aliento, estímulo y consuelo, en su caso, para la lucha, triunfos o adversidades en las empresas abordadas por el hombre.

Se agrega a las propiedades relacionadas el encomiable rubro de una sociedad tradicionalmente hospitalaria y generosa.

Esa ofrenda de su grandeza de alma, signo equívoco de exquisita cultura, ameniza y perfuma el ambiente social, deparando a los extraños que nos visitan permanencia agradable y simpática.

Estas costumbres morales, de verdadero fondo, se contraponen a aquellas otras de alcances meramente superficiales, ligeras oxidaciones extremas en el oro purísimo, que cualquiera sea la intención que llevan, por lo general sus proyectiles no dan en el blanco, conocida como es la táctica de semejante tiroteo, que opera siempre en las sombras o tras de los baluartes de la confianza real o imaginaria.

Corresponde entonces aquilatar estas modalidades de la sociedad para discernir el justo veredicto, y así como la balanza que se inclina hacia el lado del mayor peso, llegaremos a la convicción de que *si en* aquellas existe algo que criticar, ofrece a la vez mucho que admirar.

Ahora, pues, si tuviéramos que fastidiarnos en absoluto por la repugnancia que producen en nuestros sentimientos los colorantes subidos de los cuadros que dibujan en sus expansiones los círculos socio-familiares, sería necesario alejarnos de todo contacto con la sociedad, renunciando amistades, en una palabra, declararnos libres, con el idealismo utópico, que únicamente es concebible en la soledad, el aislamiento o el desierto; solo en estas sombras lúgubres e imaginarias del destierro, encarnación diabólica del limbo de la leyenda, el hombre es libre.

Solamente en el vacío no existe aire impuro, como en el desierto, alejando de toda vinculación y relaciones con los semejantes, es lógico que no se tropiece con estorbos de carácter humano que perturben al hombre su libertad de pensamiento y acción, sujetos a su conciencia, a su criterio, lo mismo sea acertado, sublime o absurdo.

Sin embargo, es esta la libertad salvaje en controversia con la libertad civilizada: el génesis del derecho natural humano ejercitándose en la soledad, en las tinieblas sin testigos no control como lo aprovecha cualquier bestia feroz, y de cuyo contrapeso el hombre ha menester para regularizar y dignificar sus facultades y acciones.

La civilización ha transformado la manera de usar ese derecho, fijando reglas de alto concepto social, y determinando que nada hay absoluto bajo el sol, porque no es el hombre solo, aislado, el destinado a dominar el mundo, imponiendo su voluntad unipersonal, cuya consecuencia lógica sería el caos, engendrado por una multiplicidad compuesta de tantas aspiraciones como hombres hubiera en el orbe.

Conjurando este desborde de la conciencia que aspira una libertad absoluta, cuyos resortes no se ajustan en el gran marco de los derechos, facultades y deberes comunes de la humanidad, esta impone racionalmente sus leyes, que sin restringirla ni limitarla en su esencia, la invisten de la majestad superior y verdaderamente humana con que la sabia naturaleza la caracterizó. El hombre no se rebaja en su libre albedrío por esto; al contrario, se siente enaltecido en el augusto rol diferido a su especie, como dueño del destino mundial, dominando las otras con ecuanimidad y altruismo.

Así la libertad civilizada se asemeja al trozo rústico de madera que por la pulimentación y escultura se convierte en un bello objeto de adorno, sin dejar de ser la misma materia.

Todo está bien, interrumpió Dolmira, cansada de tanta filosofía; pero las costumbres no pueden perdurar a perpetuidad, porque de aceptar este principio importaría negar el progreso, y entiendo como muy racional la conservación de las costumbres buenas, debiendo propenderse a extinguir o mejorar las malas y justamente esta

pasión por la chismografía, aunque la profese solo una parte de la sociedad, es un lunar notable, dados sus antecedentes, tradición y condiciones morales, imponiéndose su curación, lenta que sea, por medios adecuados y eficaces, sin violencia ni apresuramiento imprudentes.

Allí iba yo, dijo Eduardo, y esperaba solo terminar mi peroración para presentar la proposición, o sea dictar la parte dispositiva de la sentencia, como diría un magistrado en su eterna jerga jurídica.

Efectivamente, como tú lo expresas, continuó Eduardo, pienso que nada hay en el orbe terrestre que no sea susceptible de transformación, mejora o extinción; todo está en encontrar el remedio del mal y ponerlo en práctica con habilidad y constancia.

En el caso en cuestión podemos considerarnos, por nuestras circunstancias y vinculaciones actuales, como buenos agentes para poner en juego un procedimiento, que si tuviera aceptación en las familias, a la larga daría resultados satisfactorios. Señalaremos a nuestros recibos familiares un carácter más entretenido con atractivos que dominen la simple conversación de confianza, como fin único de aquellos; variantes que se exteriorizarían haciendo un poco de buena música, con elementos preparados de antemano; ofrecer a la disposición de los visitantes algunos álbums de salón con grabados finos de paisajes, obras notables, retratos y referencias que llamen la atención por su originalidad e importancia mundial; con estos y entre otros recursos que se crea propicios, que la dueña de casa, sin olvidar las reglas de cortesía y buena educación, trate de hacer poco caudal de las conversaciones que entrañen relatos chismográficos.

La ejecución de este pensamiento inspirado por un anhelo del mutuo respeto personal, dio en casa de Eduardo resultados encomiables, señalándose a la vez como preciosa iniciativa de una obra social digna de ser imitada por todas las familias.

IV

Cumplimentando la deferente invitación de un matrimonio amigo los esposos Sales concurren al casamiento amigo de una hija de aquel. Al acto de la bendición y ceremonia religiosa, que es primordial en las costumbres morales de la sociedad puntana, y que se complementó con un animado baile, asistieron unas cincuenta personas de ambos sexos y diferente estado civil, esto es, señoras, señoritas, señores y caballeros.

El salón, regularmente adornado, presentaba un conjunto sencillo y agradable, exhibiéndose variedad de regalos de boda, así por su consistencia como por su importancia.

Los dueños de casa se mostraron empeñosos en cumplimentar a sus invitados, ofreciéndoles las mejores atenciones, exteriorizadas en amabilidad y confortable servicio de ramillete.

Entre los concurrentes se notaba algunos cronistas de los diarios locales, invitados de ex profeso, según la costumbre.

A las cuatro de la mañana dióse por terminado el festival, retirándose la concurrencia muy bien impresionada de la ceremonia y agasajos, conforme lo significó con calurosas manifestaciones de reconocimiento a los anfitriones; buena impresión que debía durar, por lo menos, hasta ultrapasar los dinteles de la cariñosa mansión. Salvada esa línea divisoria de los compromisos de agradecimiento cada uno considerábase libre de bordar alrededor del desposorio, los novios y sus accidentes propios, los comentarios que su conciencia o intención le sugiriesen, con esta marcada anomalía que casi todos contradecían abiertamente con las melosas manifestaciones de su despedida.

Al día siguiente Dolmira leía en los diarios locales la crónica de la fiesta, fijándose que “El Liberal”, entre muchos elogios exagerados, decía: “Concurrió a presenciar la ceremonia religiosa todo lo que tiene de más granado la sociedad puntana”...

“El Triunfo”, por idéntico estilo, relataba: “El acto fue presenciado por todo lo más expectable, en la acepción general de la palabra, de la sociedad de San Luis”... y “El Republicano”, que no iba en zaga a los anteriores, refería: “La ceremonia tuvo ocasión de reunir en los salones de los padres de la desposada a lo más distinguido y aristocrático de nuestra sociedad”...

Dolmira alarmada con esta manera de clasificar el núcleo de concurrencia, del cual ella y su esposo formaban parte, llamó a Eduardo, enseñándole las crónicas tan subidas de tono encomiástico, le dijo: este sahumero huele más bien a farsa, porque de otro modo, aunque hallamos tenido la suerte de encontrarnos nosotros, y los demás concurrentes sean de muy elevada alcurnia y rango social, es un contrasentido suponer que en una ciudad de veinticinco mil habitantes, como San Luis, un medio centenar de personas de matices heterogéneos constituyan todo lo “granado”, “expectable”, y “aristocrático”, que cuenta la población.

No te preocupes, Dolmira, replicó Eduardo. Es esta una costumbre arraigada, como cualquiera otra, y los diarios no tienen la culpa de rendir homenaje y ensalzar con tintes deslumbradores, tratándose de quedar bien con los interesados en ocasión de festejos o reuniones familiares, sea cual fuere su importancia.

El gravado o fórmula laudatoria, que parece estar preparado para todos los casos, dado la uniformidad de redacción, es siempre la misma; basta solo cambiar los nombres; con este agregado que sí continúa con la lectura de la crónica social de otras partes has de encontrar hasta en los diarios grandes de la capital federal idéntico permanentes elogiosos.

Bien, continuó Dolmira, pero los agraciados deben sentirse incómodos en vista de estas laudatorias alejadas de la verdad con menoscabo de la seriedad del acto o fiesta que se trata de describir

y encomiar, por cuanto la exageración echa a perder el mejor asunto.

No lo creas, añadió Eduardo, lo que halaga no incomoda, y el humo del botafumeiro, por bruscamente que se le agite, envanece y deprime al criterio, como las alturas marean a los espíritus débiles.

La alabanza condimentada con el sumo de la exageración es plato a que todos se creen merecedores; nadie quiere desperdiciar la ocasión de aparecer rodeado y cortejado por la crema social, y su empeñosa gestión de brillo deslumbrador llega muchas veces al extremo de que aquel espejismo de la grandeza se elabora por auto confección o inspiración.

V

Pasado un año desde el casamiento de los esposos Sales el bello azul del cielo se transformó en rosa para ellos, según el decir de los diarios, porque apareció en el hogar el primer heredero, la primera flor de un jardín de amor, que impregnada del aroma sagrado de la pureza, había de envolverse en las caricias sublimes del incomparable cariño paternal.

Era aquel vástago un hermoso niño, que por su sexo dio motivo a que sus padres recibieran numerosas y expresivas felicitaciones, especialmente de parte de las damas y señoritas, porque el hijo varón, decían, es esperanza, un consuelo en todos los momentos para la familia; mañana será un hombre, con títulos suficientes para alcanzar las alturas de la fortuna y la gloria; mientras que una *chancleta* es un problema con muchas incógnitas, cuya solución es difícil predecir.

Está visto, murmuraron entre sí los esposos Sales, que el mayor enemigo de la mujer, es la mujer misma, y en su afán de ponerle peros llega al extremo de considerar a la niña como *clavo* o pesadilla de la casa.

Por su condición de primeriza y despreocupación en el cuidado riguroso que requiere esa enfermedad, a que la obligaba la atención a las numerosas manifestaciones de regocijo y simpatías de parte de sus amigas, Dolmira se sintió atacada de fiebre puerperal, que el médico diagnosticó de benigna.

Sin embargo, prescribió a la enferma completa tranquilidad, con recomendación expresa de limitar la entrada a su dormitorio a las solas personas de la casa.

Así pasaron ocho días, consiguiéndose el mejor éxito, por cuanto la fiebre fue paulatinamente declinando hasta entrar la paciente en franca convalecencia.

Desaparecida así la causa de la incomunicación con el mayor contento de Eduardo y la familia, el facultativo declaró a Dolmira en libre plática, habiendo sus relaciones recibido la buena nueva con

señaladas demostraciones de alegría, apresurándose a visitarla y ofrecerle sus atenciones.

Dolmira no se imaginaba, sin embargo, la tormenta de caricias grotescas que se preparaba a molestarla.

Las visitas se presentaban a porfía, expresándole cada una sus sentimientos por el mal sufrido, y a la vez, sus alegría por encontrarla ya fuera de peligro, terminando con el imprudente estribillo: está usted Dolmira, muy flaca, pálida, anémica, cadavérica, decía una; otra la hallaba tan delgada que ya se moría de flaca, y con la misma cantinela seguían las demás, manifestándole, a su entender por comedimiento: “si a usted no le ha quedado sangre ni carne, debe estar tísica y le conviene tomar aceite de bacalao, emulsión Scott, algarroba blanca, arropo de chañar u otros medicamentos recomendados para esa terrible enfermedad.

Tal fue la descarga a “boca de jarro” de: está usted flaca, anémica, tísica, y sus correlativos que recibió Dolmira en su primer día de audiencia, que ni la misma fiebre que acababa de dejarla había producido en ella efectos psico-fisiológicos tan desastrosos; de tal modo, que tan luego como pudo deshacerse de sus imprudentes amigas se entregó al más amargo llanto.

Eduardo, que había salido con el objeto de atender sus ocupaciones, dejando a su esposa entretenida con las visitas, regresaba en ese momento y encontrándola sumida en un reguero de lágrimas, preguntóle alarmado por lo que le pasaba.

Dolmira temblorosa y abatida refirió a Eduardo todo lo que le había ocurrido, agregando que seguramente su estado de salud debía ser tan delicado, que ya le parecía ver la parca velando a su cabecera, para en cualquier momento cortarle el hilo de la existencia.

¡Imbéciles! Vociferó Eduardo, sumamente fastidiado, violentar así a una persona en convalecencia y en consecuencia, débil y delicada.

No obstante, aparentando tranquilidad abrazó a su esposa y con una sonrisa fingida le dijo en tono cariñoso y consolador: no te violentes, Dolmira, por esos díceres inconsistentes, sin otra razón de ser que la irreflexión; es una costumbre que titularé de *bárbara* como hija de la mala educación de la gente que la pone en uso, quizá con la mejor intención, sin preocuparse del daño que pueden causar con esos agudos estiletos que atraviesan el cuerpo y el alma, molestando o hiriendo muchas veces hasta de muerte.

Recordó, para sí a fin de no interrumpir la tranquilidad y reacción de Dolmira que principiaba a operarse, el caso del doctor Lozano, joven e inteligente abogado, por encontrarle mucha semejanza con el que acababa de ocurrir a su esposa.

El doctor Lozano, que padecía de tuberculosis, regresaba a la ciudad después de una temporada de campo por los balnearios del Trapiche, Volcán, Potrero de los Funes y otros. Como con verdad se ha dicho, la esperanza es lo último que se pierde, Lozano regresaba algo contento y satisfecho de su gira por la salud; se creía repuesto, vigoroso y activo; que su semblante presentaba mejores señales de vida y su peso había aumentado en algunos kilogramos, y esta

creencia animaba su espíritu, abrigándole la esperanza de verse algún día libre de la terrible enfermedad.

Con este ilusorio bagaje de buena salud se presentaría a sus amigos, que llenos de júbilo habrían de felicitarlo y augurarle el anhelado éxito en su curación.

Desgraciadamente no sucedió así: desde que Lozano pasó el “Puente Blanco” fuese encontrando con amigos y conocidos que lo saludaban con las mismas despiadadas revelaciones de: “está usted flaco, flaquísimo, cadavérico, moribundo, tísico” y otras peores, que las amigas espetaron a Dolmira.

Siguiendo por las calles encontró parado en la puerta de su casa a un anciano de alta estatura, bastante entrado en años y más aún en la ley del decaimiento psicológico y chochez, que mirándolo con cierto interés amistoso le dijo: ¿no es usted el doctor Lozano; esta desconocido, que le pasa?. Lozano respondió con solo una mirada de amargura, no podía articular palabra; pero el anciano agregó: ya que está usted tan grave, porque no se confiesa, doctor? Esa ofrenda a Dios es un bálsamo que purifica y a veces alarga la vida.

Lozano llegó a su domicilio sumido en el mayor desconsuelo y abatimiento, maldiciendo de su suerte y todo lo que lo rodeaba; encerróse en su habitación, dando órdenes terminantes que a nadie se permitiera la entrada. En su doloroso aislamiento se le oía repetir con desencanto estas palabras: ¡que imbéciles son mis amigos y camaradas!

Por qué si creen que estoy tan grave no me dejan morir tranquilo, animándome siquiera con una palabra de aliento, en lugar de anunciarme tan bárbaramente mi próximo fin. Después de quince días de angustias Lozano dejó de existir.

Preocupado Eduardo con estos tristes recuerdos había descuidado por algunos instantes la tarea de consolar a Dolmira; pero notando que esta se apercibía de su repentino silencio, continuó con la palabra y en tono festivo agregó, sí, hay que despreciar y reírse de semejantes inocentadas e imitar a don Manuel Carriego, que adopta para el caso un procedimiento cáustico, pero oportuno, replicando con ironía al que le significa encontrarlo flaco o algo por el estilo: “No se ocupe usted de calificar *mi carnadura*, que esta res no esta en venta”.

VI

Dolmira era, como se ha dicho, en educación moral e instructiva, el tipo genuino de la mujer puntana, juzgada ésta en la elevada potencial de su intelectualidad.

Había dedicado sus aptitudes con preferencia al estudio de las letras, siendo su fuerte el idioma nacional, y en su modesta posición, en el dominio de los conocimientos mundiales aspiraba y propendía,

por los medios a su alcance a la corrección de los defectos con que se habla en nuestra región.

Para conseguir su objeto había trazado un cuadro sintético de los errores y abusos principales: mala dicción común por desconocimiento de las reglas gramaticales: barbarismo, neologismo y galicismos, modismos caprichosos y uso innecesario de palabras extranjeras.

Para la ejecución de su plan, Dolmira ponía en juego la observación y la crítica sensata, sin zaherir ni ostentar pretensiones de sabiduría. Dando vuelo a sus anhelos decía una vez a Eduardo, comprendo que los efectos gramaticales con que habla la gente del pueblo no sea dado corregir, por cuanto lo hace por ignorancia y para conseguirlo sería necesario principiar por enseñarle la gramática; mas observo que personas educadas y hasta algunos profesores de idioma nacional, emplean galicismos de tan mal tono, como esto: "huevos fritos *al aceite*", "*a la copa*", "*al plato*" y tantos otros análogos, mientras en nuestro rico y bello idioma castellano debe decirse: "*en aceite*", "*en la copa*", "*en el plato*". También emplean la preposición *sobre*, por *en*, expresando, por ejemplo, puse la manteca *sobre* el pan, escribí *sobre* el papel, en lugar de *en* el pan, *en* el papel.

Voy a explicarte, Dolmira, expresó Eduardo, por qué tienen tanta aceptación especialmente en al juventud elegante esos galicismos, no solo en San Luis, sino en la República Argentina toda.

Has de saber que los maestros más elocuentes de idioma nacional, por el teatro en que actuaban, fueron los "mozos de hotel", siendo ellos en su mayoría franceses en las primeras épocas de nuestra vida social, que asimilaba todo lo que creía de alto tono aunque muchas veces sin reparar que tras de los espejismos deslumbradores se ocultaba un absurdo o el engaño.

Así aquellos "mozos" traducían literalmente, o más bien dicho, mal del francés toda la fraseología culinaria que hacían circular con énfasis en las mesas del hotel, rodeadas con frecuencia por nuestra juventud brillante; ésta a su vez juzgaba de alta novedad en su lenguaje pedir "rábanos a la salsa" o "papas a la manteca"; conforme la nueva construcción gramatical introducida por los eruditos nombrados, y apropiada con júbilo, como la expresión suprema del embellecimiento y perfección del idioma; cuya propaganda, favorecida por la circulación natural del pueblo, fue llevada con éxito admirable por todos los ámbitos del país, figurando como principales agentes de reclamo miembros distinguidos de esa juventud, que a base de su correctísima indumentaria y los formulismos dorados de cultura excelsa, se enorgullece de ser la crema de la sociedad argentina.

Apoyados en esta pretensión imponían sus frases de moda, y aquel que no las empleaba por no conocerlas, o creerlas un atropello a la lengua patria, no era considerado como persona decente, sirviendo a la vez de blanco a la burla de los demás.

Esto me lo presumía, interrumpió Dolmira, son las mismas frases francesas traducidas al pie de la letra, y puestas en uso por no

poseer bien el idioma, tanto los maestros como los discípulos, con dejos de presuntuosidad de parte de los últimos.

En cuanto al empleo de la preposición *sobre* en lugar de *en*, siguió hablando Eduardo, no hay duda que es otro galicismo que tiene también por causa una traducción incorrecta del francés. Los compatriotas de Chateaubriand poco versados en castellano, que visitan nuestra tierra se ven precisados a hacerse entender en alguna forma, vertiendo a su modo su idioma patrio, y la codicia reacaparar lo ajeno, que domina nuestros sentimientos de progreso, muchas ocasiones sin detenernos a examinar su validez, nos hace adoptarlas y usarlas como la última expresión del adelanto que nos llega de playas extranjeras, sintetizado en palabras y frases, cuyo significado no se conoce con precisión, ofreciendo apoyo de su aliciente la simpatía de los introductores y la suavidad y dulzura de su lenguaje.

Luego, pues, no debes extrañarte que personas poco eruditas cometan esa incorrección en sus conversaciones, cuando algunos profesores, como tú lo expresas, incurrían en la misma falta y aún he tenido ocasión de observar en las calles de Buenos Aires, capital federal, la ciudad más culta del mundo, según la califican con justicia en algunos pueblos del exterior, inscripciones que dicen: es prohibido salivar *sobre* la vereda.

Esta leyenda bien analizada entraña la coexistencia de defectos de fondo y forma; por cuanto, si en realidad la intención prohibitiva responde a evitar que se salive únicamente *sobre* la vereda, hay una redundancia en la presencia de la palabra *sobre*, sabiéndose que es imposible hacerlo debajo de aquella.

Más, interpretando cuál es el propósito verdadero de la prohibición, el buen castellano aconseja emplear la preposición *en*, en lugar de *sobre*.

¿Por qué ocurre tal aberración, manifestó Dolmira, en una ciudad tan culta, orgullo de nuestra nación?

Por descuido, nada más, añadió Eduardo. Muchas veces estos trabajos o inscripciones se confían a empleados, por lo general extranjeros poco versados en nuestro idioma, y estampan las leyendas en la misma jerga cosmopolita que hablan.

¿Y la temible suspicacia de los diarios y críticos porteños, que hace? expuso Dolmira.

Por aquello de la paja en el ojo ajeno, contestó Eduardo, la crítica, tantas veces mordaz y satírica de la metrópoli argentina lanza sus dardos sobre lo malo o incorrecto que nota en las provincias, como se denomina el resto de la república, dejando de lado las habas que se cuecen en el domicilio.

Justo es reconocer, sin embargo, que el pueblo culto de la capital es quien habla nuestra lengua con más corrección y mejor acento, (tonada, como vulgarmente se la llama).

Más, como hasta en el disco del sol brillante aparecen manchas, Buenos Aires tiene también su pueblo *molto*, mezcla heterogénea de todas las nacionalidades, que estropea como ningún otro el bello idioma argentino.

Sería obra honrosa y patriótica, expresó Dolmira, propiciar la perfección de nuestra lengua, como una de las múltiples proyecciones del engrandecimiento nacional, por cuanto sobre la base de esa tendencia legítima, indiscutible, un pueblo grande y dueño de su destino debe mantener con orgullo y entereza el respeto y cuidado de todo aquello que le es propio, contándose entre las propiedades sagradas e inviolables, en esas glorias inmarcesibles el idioma que habla, conservándolo en su fondo y forma, evitando que por la introducción de modismos, giros extraños, galicismos y palabras innecesarias de idiomas extranjeros, muchas ocasiones usadas por petulancia o propensión de ostentar mayor sabiduría, se convierte aquel en verdadero traje de “arlequín” por la variedad de vocablos tomados de todas las lenguas que se hacen entrar en función.

Al efecto, se impone la conveniencia pública que las sociedades de índole intelectual, los profesores de la materia y todos los argentinos patriotas y preparados dicten conferencias tendientes a la conservación del sublime idioma nacional en su integridad y etimología.

VII

De diversas maneras la voz pública apreciaba la competencia de los educadores puntanos, dirigentes de cátedras en los establecimientos de enseñanza secundaria y normal profesional. La crítica oficiosa hablaba de buenos y malos enseñantes y aunque los últimos pudieran ser los menos, la excepción de la regla, la predisposición humana de abultar todo lo que perjudica los intereses de la comunidad, con la complicidad del prójimo, los hacía superar a los primeros.

Eduardo siempre dispuesto a juzgar las cosas con pleno conocimiento de causa, se propuso una detenida visita por los establecimientos educacionales; al efecto solicitó y obtuvo la venia necesaria de las respectivas direcciones.

En esta tarea asistió a una clase de álgebra regentada por el profesor don Manuel Santander, matemático distinguido y de justa nombradía entre sus coetáneos.

Al entrar al aula Eduardo pudo notar el mayor orden y absoluto silencio, estando la atención de la clase fija en la pizarra.

Se dictaba en la lección el desarrollo del “binomio de Newton”, y el profesor sin libros ni papeles por delante dominaba la escena didáctica con suma habilidad docente.

Un alumno llevaba la exposición, que el catedrático dirigía sin descuidar el menor detalle desde la primera fórmula del binomio, desarrollando todas las operaciones y cálculos del complicado estudio matemático con claridad y limpieza admirables. La labor del profesor era esmerada; a la vez que hacía trabajar a los alumnos, ninguna operación, cálculo ni aplicación de principios ya conocidos

se efectuaba sin exponer la razón o fundamento, el “*porqué*” de su ejecución o empleo.

El alumno sentía muchas veces entorpecido el camino del intrincado procedimiento técnico por falta de pericia o de la suficiente preparación, deficiencia a que ayudaba el maestro, orientándolo de modo que sin efectuar él mismo las operaciones, dictándose las, el estudiante recapacitase, buscara y encontrase por su propio esfuerzo y meditación el encadenamiento a seguirse en aquellas, hasta llegar a la solución; como cuando se tiene desarmada una máquina o instrumento cualquiera, y se vuelve a su armadura propia, aplicando los conocimientos adquiridos sobre su estructura general y el examen prolijo del engaste y ajustamiento conveniente de las diferentes piezas.

Así se desarrolló la lección hasta llegar a la solución del intrincado principio algebraico, obteniendo la última fórmula, determinante del desarrollo práctico del binomio.

Eduardo satisfactoriamente impresionado no pudo menos que felicitar con efusión al profesor; manifestándole: “con ese método tan recomendable puede usted enseñar matemáticas hasta a los mismos bancos”.

Pasó en seguida a otra aula, donde se dictaba una lección de trigonometría esférica, concretada a un teorema sobre los triángulos.

La clase presentaba muy diferente aspecto de la anterior; los alumnos de los bancos conversaban, reían y se movían sin el menor reparo, descuidando en absoluto la atención a la pizarra. El profesor permanecía inmóvil, con la cabeza baja y la vista fija en un libro de la materia que tenía por delante, mientras tanto el estudiante que exponía la lección copiaba tranquilamente la demostración, tomándola de los puños de la camisa, donde había tenido la precaución de llevarla escrita. Llegado que hubo el consabido: “luego X, que era lo que quería demostrar” el catedrático comparó atentamente ese resultado con el del libro que le servía de guía y díjole: “muy bien; tome asiento”.

Sin embargo, Eduardo pudo notar con desencanto, como profesional de la materia, que a más de lo expuesto el triángulo esférico dibujado en la pizarra no presentaba ni aún las apariencias de tal; pues, los lados distaban mucho de asemejarse a arcos de círculos máximos.

El enseñante continuó con la lección, observando el mismo método y formas, aunque algunos estudiantes de los llamados a exponerla introducían sus variantes, cambiando el recurso de los puños por el de los papelitos escritos, llegando los más dispuestos hasta hacer uso de los mismos textos; la fiscalización dirigente era nula, concretándose a prestar su amable aprobación.

Eduardo se retiró haciendo serias reflexiones sobre tan extraño método de enseñanza, sin atinar en que dislocamiento de la pedagogía oficial se ampararía; consideraba una monstruosidad, un atentado incalificable al aprovechamiento intelectual de la juventud aquella comedia didáctica, cuyos personajes trataban de engañarse los unos a los otros, dando vuelta o bajando la cara, como los

agoreros griegos, para no desvirtuar la escena, convirtiendo la seriedad matemática de la clase en unánime y descomunal carcajada.

¿Cómo se atreve este catedrático, pensó Eduardo, que no es de la profesión, es decir, no se dedica a las ciencias exactas, a dictar nada menos que trigonometría esférica, cuando es conocido que ostenta o procura en sus estudios título universitario diferente?

Siguiendo su gira por los establecimientos educacionales, Eduardo visitó varias clases de ciencias físicas y naturales, letras e idiomas extranjeros. Su impresión general, a base de los métodos y preparación con que se dictaban las lecciones, conservaba en connivencia con el mismo criterio impuesto por las dos clases de matemáticas que había presenciado, por cuanto las modalidades de la enseñanza se enseñoreaban en las dos escuelas caracterizadas por aquellas: la que se apoya en la verdad de los conocimientos que se trata de inculcar y la que solo refleja un simbolismo, o más bien dicho, una simulación de los mismos, por la preparación deficiente de los educadores.

El público ha tenido razón en sus apreciaciones contradictorias, se dijo Eduardo, siendo lógico que la conciencia sobre la competencia docente se la forme el exponente de cada caso que presencia: optimista si fuera positivo y pesimista cuando es negativo.

No paró allí la investigación de Eduardo, porque en posesión de la verdad inherente a la competencia del profesorado creyó prudente algunas conferencias con las direcciones escolares.

De estas pudo oír en forma confidencial que la política era la única culpable de las deficiencias que se notaban en el magisterio, pues, que el violento torbellino que engendran sus oleajes caprichosos y funestos no siempre lleva a las augustas alturas de la cátedra, como a otras más delicadas y expectables posiciones públicas, al mérito y capacidad reconocidos, resultando racionalmente la aberración educativa que usted ha presenciado.

Mientras la tiranía política, agregaban, domine el sentimiento y criterio de gobierno de mandatarios y pueblo argentinos, el engrandecimiento nacional desenvolverá su acción dinámica en la curva caprichosa de avance y regresión que le impriman, a la buena y mala suerte, los designios inexorables de aquella.

Veo, expuso Eduardo, que el mal obedece a fuerza mayor, no quedando otro recurso que la retirada en orden, de acuerdo con la táctica alemana, que traduciremos en paciencia y parsimonia, hasta que la salvadora evolución impuesta por la necesidad y conveniencias sociales neutralice esa acción perniciosa de la política militante.

Esta sabia prudencia y tolerancia nos libraré asimismo que la vorágine nos absorba anonadando nuestro ser, por la conocida ley física, que el cuerpo que no sigue el movimiento impreso al conjunto de que forma parte por la inercia tiene que caer.

Sin embargo, continuó Eduardo, el favorecido de la política que se incorpora al profesorado con un bagaje de conocimientos deficientes en la materia que se confía a su saber, por amor propio

debía reparar cuanto antes la falta, preparándose con insistencia y esmero hasta adquirir el dominio de especialista en el ramo. Es mera cuestión de preocupación y perseverancia.

El enseñante que se presenta en el aula sin el caudal disciplinario, en ciencia y método didáctico, que le discierne ese augusto título, desempeña un tristísimo papel ante sus discípulos. El profesor vale para estos por lo que sabe; retirándole toda consideración, respeto, ascendiente y cariño cuando por su propia negligencia carece de los atributos correspondientes a su delicada misión.

Considero, agregó Eduardo, que la acción combinada de esos educadores y de las direcciones, manifestada la última en asidua vigilancia y repetidas observaciones y críticas a los defectos relativos a los conocimientos y métodos, levantaría el bajo tono de la enseñanza sin alma, que por contrario imperio de los principios de mecánica, pierde en tiempo y en esencia o saber.

En este intercambio de ideas encontrábase Eduardo con un experto y distinguido director, cuando se anunció una delegación del cuerpo docente, que solicitaba, como un acto de civismo, de un deber de alto patriotismo, algunos días de vacaciones en homenaje funerario del hombre de estado, X, fallecido en la capital federal.

El director emocionado por la corriente eléctrica que le transmitieran aquellas frases vibrantes y patrióticas acordó dos días de asueto, con el simpático apéndice de calurosa felicitación al personal por los elevados sentimientos que lo caracterizaban.

Lástima grande que sea dudosa tanta belleza, se dijo para sí Eduardo, no pudiendo menos que producir esta observación espontánea: noto en algunos encargados de la enseñanza acentuado apego al descanso, ingeniándose el recurso de propiciarse días feriados extraordinarios o sea de circunstancias, como corolario de los establecidos por la sanción social en sus tendencias religiosas, patrióticas y demás.

Es verdad, pero así lo aconsejan los psicólogos modernos, contestó secamente y en tono de magister, el director.

Eduardo algo picado por esta salida enfática, en cuya intención leía: no se ocupe de lo que no sabe, la pedagogía y psicología modernas son mansiones oscuras para usted, replicó a su vez, así lo aconsejarán los psicólogos y fisiólogos europeos, fundados en la forma de trabajar de los pobladores de su continente; más no podrán hacerlo con criterio científico y acertado los sabios argentinos y en especial los puntanos, en cuya tierra bendita el trabajo se aquilata en la excepción de la regla de la vida de labor.

En consecuencia, pienso que lo racional e higiénico es aconsejar más trabajo, como medio de *descanso* o variante del descanso habitual.

Puedo citar en apoyo de mi manera de pensar las opiniones de conocidos hombres de estado y eximios moralistas, cuando después de estudiar nuestras costumbres con la conciencia de la autoridad de su saber han estampado como síntesis de sus profundas observaciones este lema revelador: "fáltale todavía a la América que

trabaje”, sentencia moral, en contradicción con los consejos de los psicólogos europeos, que pretenden propiciales corrientes eólicas, favorables para su arribo y arraigo en las pacíficas plazas del continente Sud-Occidental, levantando por antítesis este otro aforismo: “fáltale a la América que descansa”. ¿De qué fatigas?

También he notado que ese amor al descanso llega a convertirse en una especie de *horror* a las clases en no pocos enseñantes; en ellos la vacación es un anhelo constante, y por más que una circunstancia casual o de fuerza mayor proporcione un asueto extraordinario en cualquier época del año escolar, no basta para neutralizar la aspiración de las múltiples fiestitas de ocasión que pueden aprovecharse para rendir culto al eterno dios descanso.

Los rostros docentes se muestran satisfechos y alegres a la perspectiva de los feriados, como los torna adustos el fastidio cuando ellos se hacen esperar. Todo lo contrario de lo que ocurría en los buenos tiempos pretéritos, allá cuando la psicología escolar hacía sentir con menos imperio su intervención en la gestión educacional.

En aquellas santas épocas, *oh tempora, o mores*, los maestros no abogaban por los feriados; su vocación docente se orientaba por rumbos opuestos, reclamando aumento de clases.

Aún se recuerda con justo encomio la labor de un distinguido catedrático, que cuando no concurría algún colega a dictar su elección, les decía a sus discípulos, “daremos de latín”, que era la materia a su cargo, y así se hacía con frecuencia, aprovechando la hora perdida, por cuanto los alumnos apropiaban también la misma buena voluntad que caracterizaba al ilustre maestro.

El ejemplo es el mejor educador de la voluntad, base fundamental de la predisposición al trabajo en toda su expresión.

Esta meritoria preocupación por el adelanto de sus discípulos le valió de estos al afanoso profesor el honroso apodo de *garrita*, “porque *garreaba* las clases”, según decían.

Con esta misma insignia distinguían su acción educativa numerosos enseñantes, dando ascendiente relevante a sus cátedras y nombradía expectable al establecimiento donde actuaban.

No quiero decir con esto, continuó Eduardo, que actualmente falten directores y profesores ilustrados, eximios por su competencia y dedicación, como mi reciente visita me ha proporcionado la oportunidad y satisfacción de conocernos en número y condiciones, que enaltecen y dignifican el gremio educador, y que para honra y recomendación del profesorado puntano, constituyen la gran mayoría de aquel; pero a la vez resalta en un bando no diminuto la tendencia y propiedades opuestas, revelando un pronunciado *modus vivendi* en sustitución de la vocación profesional que debe entrañar como atributo sublime de su alma y su cerebro, el sentimiento enérgico y estoico del maestro.

A estas reflexiones el director contestó con un subterfugio, como diciendo, a mí que me cuenta usted, los continuos movimientos de rotación y revolución terrestres van constantemente modificando las costumbres mundiales, no siendo de nuestra facultad evitarlo.

Eduardo tendió cortésmente la mano a su ilustrado y amable interlocutor y se despidió.

VIII

Una mañana, antes de retirarse a su oficina, Eduardo previno a Dolmira que ese día almorzaría con ellos el doctor Agustín Salguero, su antiguo condiscípulo del colegio Nacional; en la actualidad socialista de alto vuelo, que se encontraba en san Luis en misión de propaganda de su credo doctrinario.

A la hora del almuerzo Eduardo se presentó en su domicilio acompañado de su amigo Salguero, dispuestos a hacer los honores a una vianda de familia, que Dolmira había tenido especial cuidado de preparar con la exquisita delicadeza y gusto que le eran característicos en todos sus actos.

Después de las presentaciones de estilo, sentáronse a la mesa los dueños de casa y su distinguido huésped, cediendo a éste galantemente Eduardo su asiento de honor.

Como preámbulo de cortesía, momentos antes de dar principio a la sopa, Salguero fijando en la mesa su mirada, dijo con acento de satisfacción: una espléndida mesa y distinguida y amable compañía me auguran una permanencia agradable y feliz.

Mil gracias, expresaron al unísono los esposos Sales.

Al principio de la comida la conversación, muy amena, por cierto, se circunscribió a temas comunes sin excluirse el clima de la provincia, que el doctor Salguero encomió con marcada acentuación, señalándolo como uno de los más suaves, benignos y saludables del mundo entero; contribuyendo a estas recomendables bondades, agregó Eduardo, la altura mediana sobre el nivel del mar y la situación geográfica en que se encuentra su territorio.

Estas condiciones físico-geográficas caracterizan un clima regularmente seco, que mantiene la atmósfera despejada de vapores acuosos, dejando brillar en todo su esplendor el bello azul de un cielo purísimo, factor precioso de noches espléndidas en todas las estaciones del año.

Esta incomparable pureza y limpidez de nuestro cielo decidió a la casa Carnegie de Estados Unidos a establecer en esta ciudad su estación astronómica, y encargada del estudio sideral y confección del mapa de la zona celeste del Sud; habiendo observado más de cinco mil estrellas, acotando su posición astronómica.

A pesar de la interesante conversación sobre los temas relacionados, los esposos Sales notaban en el doctor Salguero cierto interés de dar otro rumbo a la interlocución, aprovechando su presencia allí y el momento oportuno para hablar a su amigo Eduardo de sus planes socialistas.

Al efecto e intencionalmente marcaron una pausa a la palabra, que Salguero aprovechó para romper el fuego, y dirigiéndose a Eduardo le dijo lacónicamente: ¿qué te parece el socialismo?

Eduardo, encogiéndose de hombros, contestó con el señalado interés y amabilidad que le inspiraban las consideraciones a su distinguido amigo: poco me he preocupado de esta tendencia moderna que tanto agita a las clases obreras, y así que el socialismo es para mí todavía una nebulosa refulgente, brillante en su aspecto e informe en su estructura: grandiosos ideales, sublimes pensamientos humanitarios; pero lo materializa una práctica dudosa, indefinida en sus aplicaciones.

Los grandes socialistas que en sus notables obras, divulgadas por todos los ámbitos del orbe, marcan rumbos a tan trascendental evolución económico-social en la órbita de su gestación y explosión, se mantienen aún en los limitados horizontes de la teoría, la simple doctrina, que con la elocuencia del que defiende las grandes causas del pueblo procura enaltecer la bondad de los principios y anhelos de la secta, sin preocuparse lo suficiente del estudio detenido y madurado de los medios y planes concordantes con las colosales proporciones de la obra, llamados a ponerse en práctica para alcanzar con éxito completo los fines anhelados y sin que aquella tenga que resentirse de haber eliminado un mal infiriendo otro mayor.

Estás en grave error, mi querido Eduardo, interrumpió Salguero, el socialismo lleva en sus nobles principios el ideal del equilibrio económico, como base de la felicidad común, formando de la humanidad toda una sola sociedad, sin otros límites en sus derechos internacionales y comunes que los que deslindan nuestro planeta del espacio universal; y en su gestión práctica ha conseguido, entre muchas otras mejoras, disminuir el trabajo y aumentar el emolumento del obrero.

Considero, observó Eduardo, que en estas reformas en beneficio del trabajador hay más de apariencia que realidad; el obrero es a la vez productor y consumidor, y seguramente que en estas exigencias repetidas de producir menos, obteniendo mayor ganancia, conspira, sin pensarlo, contra sí mismo.

Como soy aficionado a los números me permitiré echar algunas cuentas que con su elocuencia matemática probarán la verdad de mis asertos.

Tomaremos operarios de las industrias más comunes; panaderos, azucareros, zapateros, carpinteros, herreros.

Estos obreros que antes ganaban un jornal de pesos trabajando diez horas diarias, ahora perciben tres pesos con solo ocho horas de labor.

Es racional que esta reforma ha planteado un nuevo problema económico para todas las clases sociales, con una solución en perjuicio del pueblo en general, por cuanto el capital que impulsa el brazo del obrero que elabora los elementos indispensables de la vida, es un tirano invencible e inflexible en sus condiciones de seguridad y rendimiento.

Luego el equilibrio entre el aumento en la elaboración y la renta estable del capital debe sostenerse indefectiblemente aumentando el precio unitario de los artículos de consumo. Así el zapatero, que no vive solo de zapatos, ha menester de pan, indumentaria, carne, vino... abonando un aumento relativo, que en suma le resulta diariamente un monto mayor que la mejora que ha obtenido en el jornal.

Desde luego, pues, la paradoja resalta, porque el obrero ha ganado perdiendo y de reflexión el pueblo entero, que cada día palpa y sufre el encarecimiento progresivo de los productos vitales.

En consecuencia, esta orientación de los planes socialistas no la encuentro propicia a los saludables fines de mejorar las condiciones económicas del obrero, máxime cuando el recurso enunciado en el único caballo de batalla que actúa en la magna y delicada contienda evolucionaria, y que en su afán de alcanzar la solución deseada prosigue en la escabrosa senda de requerir cada día ampliación de salario, sin saber ni medirse con el criterio meditado del pensador ecuánime, que basa en la ciencia político-económica sus leyes y proposiciones, a donde se llegará en esta progresión infinita, imitación peligrosa del famoso procedimiento que la leyenda popular atribuye a aquel gobernante, que para cegar un pozo que afeaba la plaza publica mandó a abrir una serie de excavaciones sucesivas, que se irían cubriendo por orden con la tierra desplazada, hasta ubicar la última fuera de la ciudad.

Cabe, sin embargo, establecer una diferencia. Aunque el costo de la inocente medida administrativa relacionada lo sufragó el erario público que con las consecuencias onerosas de aquella tendencia cabe a los mismos obreros, cuya suerte se pretende mejorar y el pueblo de que forma parte, sin que aún se prefije el sitio donde ha de ubicarse el último pozo.

No obstante, prosiguió Eduardo, sin estar alistado en la congregación socialista, pertenezco a la gran familia humana y racional es que como beneficiario de sus progresos y conquistas, de las comunidades y recursos de su incesante obra civilizadora, me interese por su bienestar en todas las proyecciones y tendencias de su vasta acción mundial, llamando especialmente mi atención la clase obrera, como elemento supremo y permanente de la labor que alimenta a los pueblos y fomenta la riqueza general.

Ese soldado del trabajo que lucha a la intemperie, amasando el pan de la existencia con el sudor de su frente, es digno de especiales y deferentes consideraciones de parte de pueblos y gobiernos.

El pequeño industrial, el obrero, el proletario no es por lo general capitalista ni participa de las comodidades y boatos de las altas clases sociales; siendo lógico me mire de mal grado esa chocante disparidad de condiciones entre seres de la misma especie, todos los acreedores de los beneficios de la sabia ley de la igualdad, que la civilización ha consagrado como un derecho común de la humanidad.

Sí, pues, el malestar de las clases obreras es real y sus esfuerzos para neutralizarlo perfectamente justificados, porque lógico es tener en vista que aquellas gastan su vida entera en el trabajo rudo, sin que jamás les sea dado ultrapasar la ingrata órbita de su reducida y eterna acción.

El obrero no ve el porvenir que halaga a los demás profesionales; gana casi siempre para el día y la nebulosa perspectiva de su felicidad, que una enfermedad o la muerte inesperada puede convertir en desgracia y miseria para su hogar, lo intranquiliza con razón.

En su situación de extrañamiento de la riqueza pública, el obrero es el Tántalo de la sociedad, que deslumbrado por los centellantes fulgores de las fortunas que labra con su férrea mano no puede aprovechar de sus beneficios.

El capitalista nace, vive y muere en las comodidades y fastuosidad, que al desaparecer deja su familia rodeada de idéntica opulencia, gozando de las consideraciones que su fortuna le depara, mientras que el obrero viene al mundo, existe y espira abatido siempre por el ave negra de la pobreza que le devora incesantemente la felicidad, quedando los suyos al morir sujetos a luchar en la disyuntiva inflexible de continuar en la tarea del trabajo rudo, si la suerte los favorece proporcionándoselo, o implorar la caridad pública como medio obligado de subsistencia.

El corazón más endurecido se conmueve ante tan dolorosa situación, justificándose que impulsados por un sentimiento de altruismo haya tantos abnegados que se interesen con entusiasmo por el mejoramiento de las condiciones económicas del obrero y se explica que llevados del ardor de esa laudable aspiración social, recurran a temperamentos de apariencia eficiente, pero que en la aplicación resultan muchos de ellos meros espejismos engañosos, como creo haberlo comprobado.

Ahora, pues, toda teoría o doctrina, como obra del raciocinio lógico, debe complementarse con las conclusiones sintéticas o prácticas; por mi parte pienso que los dirigentes del socialismo harían la gran cruzada en bien del obrero, orientando sus gestiones por rumbos más propicios, más reales, diré así, en la solución del problema que resuelva en verdad el mayor emolumento y tranquilidad para el porvenir, esto es, cuando aquel esté inutilizado para el trabajo por enfermedad, vejez o muerte.

La ejecución de este pensamiento sería de notable trascendencia en las costumbres actuales; pero digno de obtener la aceptación pública por sus plausibles alcances benefactores.

En primer lugar el capitalista debe ceder algo en sus exigencias de rendimiento rentístico, conformándose con un interés racional, y admitiendo al obrero, no como empleado a sueldo fijo, sino, en calidad de socio industrial, participante de la ganancia líquida de su trabajo, en el excedente del interés o tanto por ciento fijado anualmente al capital en giro.

Esta regla regiría para todas las obras o labores, cualquiera que sea su naturaleza; ferro-carriles, talleres, fábricas y demás.

Así el obrero trabajará con cariño y satisfacción, no reparará en el tiempo u horas de jornal, siempre que lo permitan las reglas de la fisiología e higiene; por cuanto estaría directamente interesado en el mayor beneficio.

Esta plataforma económica del obrero evitará las frecuentes y desastrosas huelgas, y a la vez, el encarecimiento de la vida, monstruo invencible que devora las entrañas de los pueblos, en razón de que el aumento en las ganancias del obrero no alteraría los precios de los productos elaborados, haciéndose, como he indicado, una distribución equitativa del rendimiento racional entre el capital, que no podrá computar a su favor mayor interés que el comercial, o sea *de ocho o diez* por ciento, y el trabajador, quién seguramente alcanzará lo suficiente para la subsistencia, con el aditamento halagador del ahorro, tan necesario como justificado.

Queda todavía un vacío por cubrir, atendiendo a la perspectiva del porvenir, en la senectud y muerte del trabajador, que se impone salvar en forma reparadora y práctica.

El obrero en su recomendable misión de colaborar en la obra común, cuyo engranaje complicado, complejo y de vastísimas proporciones, encarna la grandeza nacional, es un empleado público, como cualquier otro, por más que sus funciones sean de carácter industrial y su emolumento no figure en las plantillas de los presupuestos del estado.

El empleado es un servidor de país, como el obrero, el industrial dedica sus energías y fuerzas a servir al pueblo, a la sociedad toda.

Dentro de esta analogía de concurrencia a la labor y desarrollo general, es también acreedor a las prerrogativas y privilegios de que goza el empleado público. Este tiene asegurados los medios de subsistencia para los últimos días de su jornada vital, con la jubilación que las leyes le deparan y de cuyo beneficio participa la familia durante quince años después de su fallecimiento.

Justo es que el obrero y su familia puedan asimismo contra con tan necesario recurso último, y en su carácter de empleo asimilado o indirecto del gobierno formarían el fondo de jubilación y pensión, en su caso, recurriendo a la vez a una entrada extraordinaria.

El terrible enemigo de la humanidad, que por más que se le contaba y condene, se enseñorea imponente, haciendo sus estragos en todas las clases sociales, especialmente en la obrera, alimentaría la fuente de recursos destinados a sufragar el gasto que las jubilaciones exijan.

Un recargo en el impuesto al alcohol, de modo que produzca en los primeros tiempos un rendimiento especial de cincuenta millones de pesos anuales, calculados a base de un estudio prolijo y fundado, daría la solución del problema.

El consumidor de alcohol sería el contribuyente de este fondo, que de las dificultades y vallas levantadas al ejercicio de las costumbres perjudiciales a su salud e intereses, labraría beneficio supremo al trabajador, extrayendo así de la sustancia prima del mal la grandiosa esencia del bien.

El obrero en general ameniza sus entretenimientos con brebajes sazonados por el néctar emocionante, alistándose, en consecuencia, como uno de los más fuertes contribuyentes de su propio patrimonio futuro.

Fundada en este efectivo pedestal se dictaría la ley de jubilación del obrero, que concebida al calor de la juiciosidad, estudio y meditación suficientes, abarcaría un plan completo de disposiciones previsoras y propicias, que garantizaran los propósitos de justicia, económicos y morales, que motivan su sanción.

Esas disposiciones deben perfilar condiciones y formalidades, para obtener la jubilación y pensiones, en su caso; forma de la inscripción del obrero para llegar a la jubilación, tiempo de labor, edad, nacionalidad, cantidad mensual, en una proporción racional con el salario que aya percibido durante su trabajo, y la parte que corresponda acordar como pensión a la familia, a la muerte del obrero, que tendría también una duración en analogía con lo que disponen las demás leyes de la índole; y tantas otras que las conveniencias de la aplicación de la ley hagan necesarias.

Un consejo directivo, expectable por su seriedad y representación, y cuya honorabilidad fuera una garantía de la justa y honesta aplicación de la ley, tendría bajo su superior administración la caja de jubilaciones y pensiones del obrero...

Bellísimas ideas, interrumpió el doctor Salguero; pero utopías, locuras.

-Sí, replicó Eduardo, utopías, locuras fueron en sus albores la máquina de vapor aplicada a la navegación, los ferro-carriles, telégrafos, teléfonos, fonógrafos, submarinos, aeroplanos, biógrafos, luz eléctrica y tantos grandes descubrimientos y conquistas de la ciencia.

Así es, efectivamente, dijo Salguero, y levantándose de su silla, agregó, llevo la satisfacción y el último reconocimiento de haber gozado de estos momentos agradables y felices, pero tengo algunas diligencias que correr y siento verme obligado a dejarlos hasta cualquier momento que volveré a continuar mi intercambio de ideas con Eduardo, hasta convencerlo que el socialismo se orienta por la buena y sana doctrina.

Esta casa, contestó Eduardo, está a tu disposición sin cumplimientos y condiciones, y en cuanto a doctrina no olvides que es función muy difícil la de convencer a un convencido.

IX

Entre la correspondencia del día Eduardo recibió la comunicación de carácter circular, que sigue:

“San Luis, Agosto...

Sr. Eduardo Sales:

“Los que suscriben en el anhelo de fundar en esta ciudad un centro científico-literario, les es agradable invitar a usted a una reunión con el objeto de cambiar ideas sobre la forma de llevar a la práctica este pensamiento, tendrá lugar el 25 del corriente, a las 8 p.m., en los salones del club social”.

“Contándose usted entre los más decididos impulsores de nuestro progreso intelectual, no dudamos de su adhesión al propósito enunciado, que encarna la aspiración general”.

“Saludamos a usted muy atentamente. –Aquiles Maldes, Carlos Sandoval, Manuel Agüero...”.

Eduardo pudo notar en los corrillos formados en las calles y centros de reunión por elementos de representación intelectual y social, su mayor interés y entusiasmo en la creación de la institución a que hace referencia la circular que antecede.

Esas manifestaciones espontáneas y laudables le auguraban éxito completo y vida duradera, por lo menos, así los comprendió Eduardo, dando merito a la expresión de patriótico aliento que con tanto ardor brillaba en todos los labios.

Llegó el día fijado y la reunión se produjo bajo los más halagadores auspicios, presentándose una concurrencia de más de ciento cincuenta personas representativas y expectables, científica, económica y socialmente.

Don Aquiles Maldes, como uno de los concurrentes más caracterizados por su ascendiente intelectual y edad, expuso con acentuada elocuencia el objeto de aquella simpática asamblea, manifestando entre otros lineamientos; que San Luis, como provincia relativamente pobre en industrias, por falta de los elementos propicios para su desarrollo en condiciones favorables y paralelas a las que ostentaban otras de sus hermanas, como Buenos Aires, Mendoza, Tucumán, Santa Fe y varias más, desenvolvía con marcada intensidad otra faz de la labor nacional, caracterizándose ésta en la educación intelectual de sus hijos, quienes abarcando los dilatados horizontes del saber, dominan todas las profesiones liberales, ya se labren en las facultades universitarias, como en los institutos profesionales y normales del magisterio, siendo notable por su número y preparación la pléyade de maestros, que tanto en esta provincia, como en la republica entera, levanta con ilustración y entusiasmo la insignia grandiosa de la educación en todos sus alcances, haciéndose en consecuencia, digna del titulo de héroe de la civilización argentina.

Este rasgo saliente, esta predisposición de la cultura comunal, señala la conveniencia de asociar la acción de todos los hombres de pensamiento, de aunar y condensar las fuerzas colectivas, impulsando su concurrencia a una orientación que a la vez que fomenta y coopera a la disciplina de la inteligencia, encamine y exteriorice las proyecciones y adelantos de la obra intelectual que caracteriza a San Luis.

No envuelven mis palabras mera exageración, hija del patriotismo, allí esta en justificación, entre muchas otras manifestaciones del progreso educativo, el exponente escolar que

computa en la ciudad el *diez y ocho por ciento*, y en el resto de la provincia el *diez y seis*, que se educa en las escuelas de su población total; altura educacional que alcanzan pocos pueblos del orbe todo.

Movidos de este sentimiento patriótico y saludable que entraña la aspiración comunal, en cuya amplitud de miras cifra el engrandecimiento de nuestro noble pueblo, nos congregamos en esta selecta asamblea, que como título de alta honra para la cultura sanluiseña, asume proporciones tan halagaras que la harán notable en la historia de nuestro progreso; nos congregamos, decía, con el plausible anhelo de constituir una asociación, que invistiendo carácter científico y literario, lleve su palabra autorizada, como enseña de estímulo, orientación y salvaguardia en la gestión del desarrollo de las ciencias y letras en nuestra provincia; en una palabra, de la disciplina de la mente en sus múltiples manifestaciones y tendencias.

Siguió el orador perfilando sobre un plasma de meditados y eficientes ideales el programa que la asociación desenvolvería en cumplimiento de sus propósitos y agregó: la obra que nos proponemos realizar lleva el mérito de inspirarse sólo en el mejoramiento pública, por que nos anima el desinteresado y noble anhelo de propender al progreso sin especular con él...

Maldes terminó su arenga entre los más calurosos aplausos de toda la concurrencia, que aprobó la idea con expresivas demostraciones de satisfacción y simpatía.

Le siguieron en el uso de la palabra varios oradores, que se expresaron en términos análogos; alcanzando igualmente el significativo elogio de la corriente desbordante de entusiasmo y animación que en aquel feliz momento electrizaba el espíritu activo de la asamblea.

Terminados los discursos llegó el momento de constituir la institución, organizando su comisión directiva, que debía designarse por elección de la asamblea.

En tal concepto, púsose a votación la persona que desempeñaría el cargo de presidente, resultando electo por mayoría don Aquiles Maldes; obtuvieron asimismo sufragios don Carlos Sandoval, don Manuel Agüero y otros.

Maldes ocupó la presidencia, agradeciendo a la concurrencia en la forma afectuosa y expresiva, la honrosa distinción con que se le había favorecido.

Procediese en seguida a integrar la comisión o mesa directiva, eligiendo dos vice presidentes (1º y 2º), un secretario general, dos secretarios, tesorero, pro-tesorero y diez vocales, formando una junta de gobierno compuesta de diez y ocho miembros, a la que complementa solidariamente el notable contingente de ciento cincuenta socios activos, todos caracterizados y decididos por el éxito de la institución que con tan brillantes auspicios acababan de fundar; en resumen un consorcio consolidado, una entidad poderosas y energías, constitución y proporciones, auguraba más duradera existencia que la misma cordillera de los Andes.

Vino luego el nombre que debía llevar la asociación, resolviéndose, después de discutirse el punto con alguna animación, intitularla. "Centro-Científico-Literario Puntano".

La labor de la sesión había sido recomendable por su magnitud y eficacia, terminando con el nombramiento de la comisión que se encargaría de la confección de los estatutos del Centro.

No bien se hubieran levantando de sus asientos los concurrentes pudo notarse sus diversos comentarios sobre la mesa directiva, especialmente de la persona designada para ocupar la presidencia; unos opinaban que el nombramiento era muy acertado, por la preparación intelectual, espectabilidad y vinculaciones sociales de don Aquiles Maldes, considerándolo una garantía para la duración y desenvolvimiento cultural de la asociación; otros pensaban de distinta manera; para ellos eran poseedores de más salientes condiciones Sandoval, Agüero y varios más.

Esta divergencia de pareceres tan temprana anunciaba Malos vientos para la flamante institución; pues, aquel sol brillante que templó con tanto esplendor su gestación y nacimiento, comenzaba a eclipsarse por el propio desconcierto de sus fundadores.

Esos comentarios y manifestaciones destempladas fueran tomando vuelo cada día, de modo que a la segunda reunión acordada para tratar puntos importantes, inherentes al Centro, solo asistió una tercera parte de los socios. Ya las olas del "chorrillero", que en la primera sesión impulsaron con tanto ímpetu el espíritu activo de los concurrentes, batían ahora con idéntico furor su espíritu pasivo, tornando la oración por inactiva con el más acentuado decaimiento, como el móvil que impelido violentamente por fuerza extraña recorre con celeridad incomparable su trayectoria, para quedar estacionario, en compensador descanso, cuando aquella ha agotado su poder impulsor.

Como era lógico, siendo relativamente escaso el número de asistentes, el centro no celebró sesión. Convocándose para una tercera reunión; más, como el entusiasmo se deslizaba pendiente abajo solamente se presentaron diez socios.

Maldes que pudo observar con marcada extrañeza tan inesperada desanimación, que comprometía su amor propio de presidente y hombre de influencia y honor, se preocupó de entrevistarse con todos los asociados, interesándolos por su asistencia, a la vez que les hacía notar el desairado papel que se venía preparando la institución. Tuvo éxito aparente su gestión por cuanto los miembros le prometieron su puntual concurrencia, y no obstante, a la cuarta asamblea convocada únicamente cinco se hicieron ver.

El presidente, aunque desencantado, como podía estarlo aquel que ve derrumbarse de un soplo la obra de sus afanes, insistió todavía en invitar a dos reuniones más, cuyo éxito, como lo había deparado el destino, a base de la inconstancia, fue por cierto menos feliz que en las anteriores: tres socios tuvieron la gentileza de acompañar al presidente en la *quinta* invitación, y como la cortesía no daba para mayores cumplimientos, en la *sexta* y última

convocatoria tuvo la fortuna de pasearse solo en los salones del Centro.

En aquella mansión solitaria, reflexionando sobre el carácter inestable en la prosecución de las obras proyectadas como costumbre habitual puntana, creía sentir aún palpitantes los ecos majestuosos de los elocuentes y vibrantes discursos, con su apéndice de estruendosos y entusiastas aplausos, manifestaciones y promesas energéticas y patrióticas de la primera y única asamblea.

Después de esperar cuatro horas inútilmente en aquella soledad, deprimido su espíritu por la desilusión ocasionada por el desastroso fracaso sufrido tomóse la cabeza con ambas manos, exclamando ¡todo ha concluido! Consecuente con este triste desenlace experimentando adoptó la determinación de descansar también en la séptima, como el autor de la creación, según la Biblia, aunque distinguiendo los extremos, el último dejó su obra universal ostentando sus maravillas y grandezas incomparables, mientras que aquel debía preparar entre amargas protestas los atavíos para el sepelio de la suya.

Eduardo, como poco entendido de estas evoluciones morales de rápida media vuelta hacia la favorita estática, quedó desencantado por convicción con el censurable desenlace del “centro”, a cuya fundación había cooperado con tan decidida preocupación; de tal modo que cada vez que se le habla de la creación de nuevas asociaciones de la índole, se excusaba observando con ironía; es más fácil descubrir una estrella nueva que dar vida a instituciones populares de exclusivo carácter intelectual.

Desafortunadamente Eduardo estaba en lo cierto al considerar utopías los laudables ideales que se proponían tales progresos, notando con frecuencia la formación de sociedades similares; que como las nubes vaporosas, que resplandecientes y tonantes por el granizo fenómeno de las chispas y estallidos de sus roces colosales, flotan por instantes en la atmósfera, desaparecen aquellas sin dejar rastros ni recuerdos de su momentánea existencia.

Tal era la suerte que la inconstancia publica de paraba invariablemente a tan nobles propósitos, cuando pasados algunos años Eduardo con satisfacción manifestó a Dolmira: por fin tenemos una institución de índole intelectual que resiste a la sanción inexorable del decaimiento original. Es esta el “Ateneo Popular de San Luis”, fundado por un núcleo de tributarios del estudio, compuesto de ambos sexos, cuya mente abrigaba la concepción decidida y consciente del trabajo y de la convicción de la necesidad, conveniencia e importancia de su obra.

Cuenta ya cinco años de existencia, agrego Eduardo, con un desenvolvimiento feliz, por cuanto a las conferencias sobre temas de utilidad técnica y social dictadas bajo sus auspicios y otros trabajos de su plataforma institucional, ha agregado el establecimiento una biblioteca pública que reporta meritorios servicios a la población, especialmente a los estudiantes.

Se explica que esa asociación no haya seguido la corriente de las otras, expuso Dolmira, ha intervenido la mujer en su constitución y

con el calor patriótico y sincero de su alma ha debido imprimirle vida perdurable.

Tienes a la vista el sublime ejemplo de su gestión por engrandecimiento moral del país, sintetizada en instituciones de carácter filantrópico, patriótico, social, religioso y otras, que cuentan existencia de largos años, sin que en nada haya decaído su importancia y nobles fines, como la “Sociedad de Beneficencia”, “Hermanas de los Pobres”, “Protectora de la Niñez”, “Sociedad Pro-Patria”, “Damas Patricias”, “Hijas de María”, “Corazón de Jesús”, “Milicia Angélica”, “Consejo de Madres” y varias más.

Es así, contestó Eduardo, pero en parangón o contraposición tienes tu que anotar algunos centros fundados por la exclusiva acción masculina, que también perduran, como el “Club Social”, “Academia Militar”, etc.

Siempre abogando por su sexo, Dolmira replicó, hay una notable diferencia entre unos y otros; los últimos, sin desconocer que entrañan y exteriorizan la cultura popular como la expresión saludable de causa común en las vinculaciones y tendencias de sociabilidad, respondes en sus fines prácticos al interés de entretenimientos y expansiones propios de los asociados, mientras que los primeros se inspiran únicamente en el bien público caracterizándose en obras y ofrendas de alcances patrióticos, de caridad y de moral. La dama, la señorita, dedican con encomiable abnegación sus empeños benefactores a la santa causa que persigue la institución de que forma parte, sin que la anime otro interés o provecho propio que el de llenar con el anhelo supremo de su corazón magnánimo y generosos el cometido que se ha impuesto.

Es la verdad, terminó diciendo Eduardo, sin embargo, debes también anotar en tus reminiscencias que a más de la valiosa cooperación feminista en la formación y desenvolvimiento del “Ateneo Popular de San Luis”, como asimismo a la “Sociedad Mutualismo Normal de Cuyo”, que sostienen los alumnos y maestros de la Escuela Regional Normal y el “Ateneo de la Juventud”, de reciente creación, concurren a la vez la perseverancia de sus fundadores y consocios como el único antídoto que neutraliza la influencia morbosa del chorrillero.

X

Después de una larga conferencia que Eduardo tuviera en su escritorio con el doctor Lino Vélez Dolmira, con la curiosidad que se atribuye a la mujer, se interesó en conocer el objeto de la entrevista, que creía debía revestir algo extraordinario a sus preocupaciones comunes, por cuanto el doctor Vélez no acostumbraba frecuentar la casa.

Con la exquisita amabilidad que usaba para su esposa, Eduardo refirió hasta los más insignificantes detalles de aquella conferencia: el doctor Vélez, dijo, es uno de los abogados que intervienen en el

juicio sucesorio de don Antonio Pacheco, fallecido hace cinco años, y vine a proponerme unos peritajes, es decir la tasación de los bienes inmuebles pertenecientes a la testamentaria, en virtud de haber terminado el juicio, siendo de necesidad y urgencia liquidarla, rematando todo con el fin de fragar costas y honorarios antes que desaparezcan aquellas, como ha sucedido con el dinero, semovientes y muebles, de los cuales nada existe.

Hasta aquí llega la exposición del doctor Vélez; pero el proceso de esta sucesión es algo más que novelesco, agregó Eduardo, de tal modo que con sobrada razón ha llamado la atención pública.

Don Antonio Pacheco poseía una fortuna en dinero, numerosos ganados y propiedades raíces que se remontaban a muchos miles, por su manera de trabajar con capital propio y sin connivencias de sociedades comerciales de ninguna clase, tenía sus bienes completamente saneados, su dinero en los bancos, sin deudas, cuentas ni compromisos pecuniarios. Era dueño y señor de su fortuna, adquirida al calor del trabajo honesto y del ardiente sol que lo fecunda.

Sin embargo, tan luego de abierto el juicio sucesorio, que se tuvo la precaución de hacerlo muy inmediato a su fallecimiento, se presentaron hijos naturales, defectos de orden legal en los títulos de propiedad y mil potras dificultades para liquidar y dividir el capital fincado entre los herederos e interesados legítimos.

Para subsanar estas dificultades y pretensiones de heredero que no figuraban en el testamento y en consecuencia no aparecían reconocidos por el autor de la sucesión, y demás controversias que entorpecían la libre ventilación del proceso, se instauraron tantos incidentes, es decir, juicios accesorios, con su debido complemento de patrocinantes, en pró y en contra, como banderillas se había colocado en el interesante cetáceo urbe-agro-pecuario.

La munificencia testamentaria, como era natural, sufragaba todos los dispendios de la ofensiva y defensiva, estableciéndose una corriente de escape de matemática concordancia con la significación de la controversia, en razón de que la apreciación del trabajo judicial no depende de su cantidad o calidad, sino del monto o densidad de la causa; asemejándose en algunos casos a la propiedad de los globos aerostáticos, que con menos peso más se elevan.

Nadie trabaja “de balde”, es el lema moderno, ni hay motor que funcione sin combustible, y este necesitaba, en el caso de referencia, un poder térmico superior para mover una mole solicitada por tantas fuerzas encontradas, señalando lógicamente una resultante de remarcable agostamiento en la caudal litigado.

Por esta válvula de escape fue desfilando aceleradamente el fondo depositado en los bancos; y terminado ese recurso, siguieron igual itinerario los ganados de las estancias hasta extinguir el último vestigio de aquel enjambre pecuario.

Concluido que fue aquel agente pecuniario que solo había servido de vehículo al trámite de los respectivos expedientes, se imponía la liquidación final de la sucesión, por cuanto restaba por

saldarse el grueso de los gastos o cuentas, consistentes en honorarios forenses de los actuantes, documentos, cuentas, servicios de dudosa realidad, prestados al extinto, según se alegaba, y que obtuvieron reconocimiento.

Estas cosas, formadas de montos regulados de acuerdo con el principio judicial que aboga racionalmente por la necesidad de distinguir el trabajo forense del de la zapatería, anotaban gruesas sumas.

Respondiendo a la solución legal de la constancia de autos, según la expresión jurídica, el perito partidario vióse precisado a reforzar la hijuela o cartel de bajas, colacionando porciones relativamente diminutas en las de los herederos universales, como estaban judicialmente declarados la esposa e hijos legítimos, aunque justo es conocer que tal deficiencia se compensaba con el honroso complemento de llevar en su nombre el simpático apellido y en el corazón el recuerdo y cariño del autor de su vida.

Esta no es la justicia pronta y barata de la que tanto se habla y preconiza en nuestra tierra, observó Dolmira, como base de las garantías y respeto de los derechos de la sociedad, por cuanto debo imaginarme que no será este el único caso que registran los anales judiciales.

Efectivamente, prosiguió Eduardo, no es pronta ni barata.

Sin embargo, aunque no fuera el único caso justo es hacer constar, como exponente de la honra y buen nombre del gremio forense y magistratura puntanos que esa salida del tono habitual del honesto y correcto proceder jurídico acostumbrado y que solo afectaría a pequeña parte, con mirada retrospectiva de épocas pasadas, será una de las pocas disonancias reveladas, y que por lo tanto, se registran en la excepción de la regla general, que como enseña dominante de moral jurídica, repudia con solícito y encomiable empeño la reproducción de semejantes fenómenos de la justicia, sindicándolas como la vorágine de la fortuna particular.

A más, el mal es corregible, como se necesita, aunque sea pequeña la escala en que se presenta, bastaría un procedimiento enérgico e inexorable de parte de los encargados de aplicarlo, inspirándose en la majestad en la majestad suprema del deber y la grandeza que imprime la justicia, la verdadera justicia, en el bienestar y en la prosperidad de los pueblos.

Sí, pues, el magistral problema de la justicia pronta y barata, estaría resuelto en todo su esplendor desterrando en sus gérmenes, por poco arraigo e intensidad con que se presenta, de la actuación judicial, esa censurable chicana, a cuyo amparo algunas veces se desenvuelve aquella, con las proporciones y alcances de una costumbre funesta.

Esta es la expresión teórica del problema, interrumpió Dolmira, y ¿la práctica cuál sería?

La práctica, contestó Eduardo, la conocen mejor los tribunales; pero en homenaje a tu curiosidad, señalaré entre otros temperamentos a adoptarse, que siguiendo los planes y procedimientos de la justicia inglesa, que es de las más rápidas del

mundo; corresponde resolver en breve los incidentes que se entablen en la ventilación de los juicios, desechar de plano los que no procedan, con especial recomendación de la cárcel a los litigantes temerarios o de mala fe.

Sintetizada así la práctica o faz numérica del problema, se impone complementarla con los accesorios respectivos, recordando, entre otros anhelos, que en la unitualista recomendación de los forenses a sus auxiliares de “procurar en los juicios” y a la vez “procurar éstos”, ocurre con frecuencia a algunos curiales lo que a los héroes soberanos de la valentía, que para batir a los enemigos no preguntan cuantos son, sino donde están; así aquellos profesionales no siempre se preocupan de estudiar al tenor de la ley si el pretendiente a litigar cuenta en su favor con la razón o el derecho, bastándole su voluntad de efectuarlo, en muchas ocasiones por mero capricho, error o mala fe.

XI

Como de costumbre, una mañana antes de retirarse a sus ocupaciones Eduardo leía en su escritorio los diarios de Buenos Aires, llegados en el último tren; y acertando presentarse Dolmira en momentos que tenía extendida ante su vista “La Constitución”, y como ella viera estampado el retrato de un hombre al parecer de mal aliño, preguntó a su esposo, quién era ese personaje que un diario de tanto renombre y ascendiente como el referido favorecía publicando su figura.

Es el asesino de Ares, contestó Eduardo, de cuyo hecho criminal ocurrido últimamente, se ocupan todos los diarios, gravando el retrato del autor con algunas referencias de su vida y acciones delictuosas; una fiera humana con todos los agravantes del instinto perverso desarrollado al influjo de los recursos y facultades con que la naturaleza ha favorecido al hombre para la libre gestión de su obra genial del bien o del mal.

¡Bella primicia periodística! Vociferó Dolmira, toda la prensa argentina más expectable propiciando, quizá sin pensarlo, la celebridad de un bandido con la publicación de su retrato en el lugar que solo debía destinarse para los hombres de nota por sus obras meritorias.

Los perversos los criminales que conspiran contra la vida y el bienestar de sus semejantes, no son dignos ni de una mención ni siquiera que se les llame por sus propios nombres, porque los deprimidos del sentimiento humano no pueden ser homónimos de los seres nobles y buenos de la especie.

Es menester borrar hasta sus rastros, entregándolos a la justicia sindicados solo con el número que señala el grado de responsabilidad de sus hechos abominables, al objeto que desaparezca de las crónicas sociales hasta ínfima idea de celebridad

para aquel que solo es acreedor al desprecio y maldición de la humanidad, y severo castigo de la justicia inexorable.

La prensa respondiendo a las tendencias mundiales de la época, y en su afán de alcanzar el mayor vuelo en su gestión noticiosa, dijo Eduardo, lleva a la publicidad todo aquello que considera novedoso, impresionante o extraordinario, sin reparar mucho en la calidad moralizadora del bagaje informativo.

Dominada así por esa corriente de ideas en la manera de complacer al público efectista, que se deslumbra con las crónicas emocionantes, por más que en algunas ocasiones entrañen relaciones superficiales y vulgares, desvíase de la normal que le marca su misión civilizadora en el alto escenario del teatro social.

Olvida en otros casos que sus columnas constituyen la tribuna en donde a de vertirse solamente la palabra culta y elocuente que fija rumbos a la ecuación y engrandecimiento de los pueblos, para dar cabida a informaciones que no se encuadran en ese marco grandioso, como la publicación de fotografías de criminales, dicterios grotescos e insultantes de carácter personal y otras referencias análogas, que en lugar de ofrecer un ejemplo eficiente de enseñanza moral, encarnan un peligro para el público, que se acostumbra a estas escenas de sangre, y especialmente para los criminales o seres degenerados en sus sentimientos, quienes halagados por la celebridad, aunque triste y deprimente, pero celebridad es, que les depara la prensa, revelando su estampa burda y oscura para hacerla memorable y conocida por los ámbitos mundiales, se disponen a los más feroces atentados, resultando de esta aberración que el crimen es el camino más corto y expedito a la inmortalidad.

Sin embargo, no es justo cargar a la prensa toda la predisposición e informaciones y crónicas tan rojas; atravesamos una época, el primer período del siglo XX, en que los sentimientos por el progreso que descansa en las grandes conquistas del saber y de la labor, se inclinan con preferencia y entusiasmo al culto de las representaciones y relatos poéticos, tocantes, palpantes, que emocionan o halagan por el momento, para enseguida cambiarlas por otras escenas de la misma índole, interesando con ellas únicamente la vista o sentidos materiales, aunque el alma desempeña en la contienda vital el rol de convidado de piedra.

Fruto de estas tendencias y aspiraciones morales de la humanidad la costumbre popular que impone el tono, carácter y modalidades a todo lo que se elabora bajo el sol.

Ya que tratamos de estas costumbres de aristas o periodísticas, continuó Eduardo, agregaré que he observado con no menos sentimiento, que el de las contiendas políticas, especialmente la prensa de algunas provincias, sin excluir desafortunadamente una parte de la nuestra, que constituye la excepción, desarrolla sus planes de ataque bajo la bandera reprochable de la diatriba y ofensa personal, cargando la pluma de tinta roja para lanzarla pulverizada, sin miramientos ni consideraciones al enemigo político, sin que escape a la rociada su vida privada y en cuantas ocasiones ni aún el respeto y honor de la familia.

Con el sano anhelo de borrar esta sombra que empaña y desprestigia esa entidad cívico-social, que se llama prensa, con la augusta investidura de cuarto poder del estado, como guardián de la libertad, derechos y garantías del pueblo, y cuya elevación de miras, en el concepto y la forma debe concordar con la nobleza y superioridad de su rol, don Luis Salvatierra, ilustrado patriota, velando por los títulos de cultura que distinguen al pueblo puntano, con ocasión de la celebración del centenario de la revolución de Mayo, propuso que en el programa de conmemoración figurase un punto invitando a los representantes del periodismo a proscribir de sus publicaciones toda elucubración que no se encuadrara en las formas correctas y cultas de que he hecho referencia.

Ese reclamo fue consignado, pero una parte de aquellos no respondió a tan laudable iniciativa; no haciéndose públicas las causas.

En resumen, terminó manifestando Eduardo, nadie gana con esta costumbre, siendo la primera que pierde ante el concepto general la misma prensa, comprometiendo a la vez en sus reflejos disonantes la cultura pública, que más allá de nuestras fronteras se hace dudosa pulsada al tenor y como consecuencia de aquella.

XII

Se aproximaba la terminación de un periodo del gobierno de la Provincia, hablándose en los diarios y en todas partes de las futuras elecciones para la renovación del poder ejecutivo.

En la capital y pueblos se formaban centros políticos de los distintos bandos que se aprestaban a disputarse el triunfo. Las pasiones partidistas tomaban cada día mayor vuelo en su violencia; encono desmedido que reflejaban los diarios en un lenguaje destemplado y malediciente, sin consideraciones a las personas, ni aún a la misma cultura pública social. La oposición sindicaba al gobierno y su partido, denominado “constitucional”, como dilapidadores públicos y culpables de grandes desaciertos y calamidades de que era víctima la Provincia.

Los diarios oficiales, de conformidad con el conocido principio de física, volvían los cargos por un reflejo de acentuada inventiva igual al de la incidencia opositora, analizando la composición del bando contrario para llegar a la esencia de un conglomerado de elementos que militaron en el presente y otros gobiernos; habiéndolos retirado del engranaje oficial la rotación política a los unos, y sus propias trepidaciones convencionales a los otros; siendo, en consecuencia, todos o en gran parte, acusables de los mismos pecados con revestimiento de originales que se atribuían a la fracción “constitucional” gubernista.

Un buen día Eduardo, que por su manera de trabajar se había mantenido por largo tiempo alejado de la política, concretándose a

depositar su voto en las urnas, libre de vinculaciones partidistas, recibió la visita de don Luis Méndez, caballero distinguido y expectable, presidente del partido “republicano”, que constituía el centro poderoso de resistencia y ofensiva de la oposición.

Después de los saludos y preámbulos de estilo Méndez expuso los planes políticos de su partido, inspirados, según decía, en el bien y engrandecimiento de la patria, cuya plataforma encarnaba el libre ejercicio de los derechos cívicos y la honradez administrativa, principios fundamentales de buen gobierno, que se había hecho tabla rasa por el oficialismo imperante.

Es necesario, continuó, desterrar para siempre de nuestro país esos gobiernos de familia, esas oligarquías oprobiosas, negativa funesta de las libertades consagradas por la constitución y las leyes.

Implantaremos, prosiguió don Luis, la reacción gubernativa a base de reconocimiento y respeto de todos los derechos, constituyendo la verdadera república con sus mandatarios nombrados por la voluntad del pueblo.

En consecuencia, la concurrencia y cooperación entusiasta a esta grandiosa evolución política, es un acto de civismo que se impone a todos los ciudadanos libres y patriotas, y usted, Eduardo, por su posición independiente, su ilustración e inteligencia, es uno de los hombres llamados a alistarse en nuestras filas y dar tono a la oposición en los momentos de la lucha, lo mismo que lustre al gobierno después del triunfo, sindicado como esta por su recomendable preparación intelectual a desempeñar cargos públicos importantes.

Agradezco su encomio injustificado, contestó Eduardo y en cuanto a mi intervención en la política, afiliándome a alguna agrupación con tendencias sanas, la considero legítima y un deber de argentino, creyendo llegada la oportunidad de actuar en ella con la moderación y altura que me son características; sin que me forje la ilusión, sin embargo, de que cualquiera sea el éxito de la próxima jornada electoral, haya de modificarse en mucho las exigencias e idiosincrasia de los partidos políticos arraigadas en las costumbres.

Me consta por referencias y experiencia propia que desde el llano se proclama el bien general y en las alturas se acaricia las brisas saludables del interés propio.

El ambiente en estas distintas capas o niveles de la atmósfera política sufre las variantes extremas de los que aspiran y luchan por escalar las posiciones y los que se obstinan en conservarlas, aprovechando todos los recursos del poder.

Conservo aún los relatos de mi padre sobre la historia de nuestras primeras contiendas cívicas.

Desde entonces ya se luchaba por el bien común, por la propiedad nacional, y aquellos dos grandes partidos tradicionales: “federal” y “unitario”, levantaban en sus insignias los anhelos de la organización del país, la libertad, el trabajo, la unión de todas las fuerzas vivas y susceptibles de actividad de la nación; no obstante, echaron un río de sangre no solo entre los partidos de ambos bandos, sino también en toda la sociedad argentina, que hacía

alarde de la división profunda en sus resentimientos partidistas, ostentando los símbolos externos que distinguían a aquellos.

Concordante con la violencia de esas pasiones desenfundadas, frecuentemente el pueblo de San Luis podía presenciar la escasa consideración con que los gobiernos, de cualquiera de los partidos que fueran, trataban a sus adversarios, como asimismo a sus intereses.

Como dolorosa consecuencia de esa vehemencia que engendra la lucha a mano armada, la sangre se vertía a torrentes en los cadalsos; el ostracismo era el refugio habitual de los caudillos políticos y hombres de nota, sirviendo los fundos y casas de los contrarios de cuarteles y hospitales de sangre de los ejércitos que actuaban en la contienda civil.

En Villa de Mercedes, hoy la hermosa ciudad de este nombre, un jefe militar, coronel de la nación, encargado de la vigilancia de la frontera de la provincia, había cambiado su humanitaria y delicada misión militar de contener y neutralizar las invasiones de los salvajes, en salvaguardia de la vida e intereses de los habitantes, en señor y dueño de vidas y haciendas, convirtiendo el poder e influjo de que estaba rodeado por la autoridad que investía en azote de los vecinos pacíficos.

No se reconocía más ley que la voluntad del autócrata, ni otra pena que los castigos corporales o azotes y la muerte, porque en esas pampas, según su explicación, no se concebían las cárceles o prisiones de ninguna clase. Los enemigos políticos eran generalmente los reos ajusticiados; muchas veces una simple manifestación de simpatía, un “viva” a un caudillo que agotaba su vida en el destierro, los llevaba al patíbulo o a la terrible tortura que importaba la muerte producida por el martirio dracónico.

A un lado de la plaza de Mercedes, reemplazando los monumentos históricos, enseña de nuestras glorias, se levantaba como fantasma del terror el sombrío y fatídico patíbulo, donde hora se sacrificaban las víctimas, en su mayor parte inocentes, de aquella nefasta tiranía, cuya sangre humeante, alimentaba un espantoso charco, que como el fuego sagrado de las vestales, no se agotaba jamás.

Siendo alumno del Colegio Nacional, prosiguió Eduardo, tuve ocasión de conocer el referido jefe, siendo ya anciano y lo había dominado el alcohol, que con motivo de un movimiento revolucionario seguía a la retaguardia del ejército; habiéndose alojado en una de las salas del edificio del histórico establecimiento. A altas horas de la noche levantábase de la cama y huía, pidiendo a gritos socorro contra los espíritus que lo perseguían.

En las angustias supremas y terribles del remordimiento veía desfilar en su conciencia empañada, en forma de espíritus fatídicos, las sombras funerarias de las víctimas sacrificadas por el furor, impulsado por la cobardía y el alcohol, de aquel mandón despiadado y sin ley.

El tribunal supremo e inexorable de la naturaleza, de Dios, aplicaba su severo castigo moral a los desmanes que la justicia humana había dejado impunes.

No ha faltado quien insinúe la idea y de erigir un monumento que perpetúe la memoria de aquel héroe de las pampas. Solo la falta de conocimiento de la actuación nefasta del referido jefe, investido del poder militar y temporal, ha podido inspirar el pensamiento de tamaña aberración e injusticia histórica; el pueblo de la provincia y especialmente el de Mercedes, que conoce la obra inhumana de aquel, por haberla presenciado, una parte y por tradición, la otra, con legítima razón protestaría de cualquiera demostración que propenda a recordar su nombre, que no fuera para condenarlo y estigmatizarlo; pues, si la acción del tiempo ha podido borrar aquel reguero de sangre que alimentó el patíbulo, el recuerdo de su horror ha de perdurar eternamente en la conciencia pública.

No obstante, si se considera un deber de la posteridad inmortalizar la memoria de cuantos intervinieron como militares en nuestras contiendas civiles, por más que su acción se refleje en la oscuridad y el terror, pienso, expresó Eduardo con la acentuación del convencido, que para cumplir ese propósito de recuerdo con el jefe de mi referencia, se erija por monumento un lúgubre cadalso, como sarcástico simbolismo de su actuación en la obra grandiosa de la civilización argentina.

El progreso en las costumbres nacionales y actitud pacifista, por prudencia, de los partidos opositores, ha eliminado el cadalso y limitado el ostracismo político, recursos extremos que se sustituyen por un tutelaje abrumador ejercido por los gobiernos en las facultades electorales del pueblo.

No se considera a este con suficiente capacidad cívica para usar del voto libre, conforme el derecho del sufragio universal consagrado por la constitución y las leyes, como fundamento de la democracia americana.

Las costumbres han destruido la majestad de ese derecho, corrompiendo la libertad electoral, facultad que se abrogan los gobiernos, cualesquiera que ellos sean, por medio de sus agentes y empleados y que el electorado, por temor o conveniencia, acepte impasible, doblando la cerviz ante la doctrina moderna del criterio político aplicado a la ventilación y a la resolución de las cuestiones de la índole, alejándolas de los principios y reglas del derecho común, para orientarlas por rumbos ajustados a las convivencias que imponen los planes políticos a desarrollarse.

En cambio acaricia y espera la recompensa material, que nace como consecuencia de ese mismo criterio, corrompiendo la conciencia electoral y terminando por desvirtuar los ideales del más sagrado de los derechos humanos, la libertad de elegir a sus mandatarios.

Así ha ocurrido hasta el presente, interrumpió don Luis; pero el partido "Republicano" se propone eliminar esta costumbre cívica, poniendo indefectiblemente en práctica su programa tan pronto consiga escalar las alturas del poder, estando desde luego

asegurado el triunfo, en razón de contar con el apoyo del gobierno nacional.

¿Cómo se caracteriza esta cooperación o ayuda del poder federal?, preguntó Eduardo.

Sencillamente, contestó don Luis: así el gobierno provincial se guardara bien de conculcar nuestros derechos, neutralizando los trabajos electorales que pongamos en ejecución, a la vez que los empleados nacionales, que son numerosos en la provincia, votarán unánimemente por nuestros candidatos.

¿De modo que el partido “Republicano”, replicó Eduardo, se propone purificar las costumbres electorales, valiéndose de la influencia y poderosos recursos y elementos del gobierno nacional para alcanzar el triunfo?

-Sí, contestó don Luis, porque luchamos aún dentro del régimen electoral implantado y es lógico e indispensable obstruir la influencia del gobierno local con todo el peso del poder de la nación; de otro modo jamás llegaremos al triunfo que anhelamos para hacer efectivos nuestros planes de mejoramiento cívico a base del sufragio libre, aboliendo las viciadas prácticas políticas electorales en uso. De la nada, nada sale y si no estamos investidos de la autoridad nuestros sanos propósitos caerán en el vacío.

-Bien, dijo Eduardo, mucho dudo de la sinceridad con que habrán de cumplirse esos planes cuando nos apoderemos del manejo de las riendas del gobierno, por aquello que se atribuye a la viejecita de Siracusa, y noto que en el flamante partido “Republicano”, se alista un fuerte núcleo de adherentes que los he visto figurar en las agrupaciones partidistas que han ocupado el mando en épocas anteriores, resultando que los partidos políticos se asemejan a las nubes, que se acumulan, se deshacen y vuelven a condensarse con los mismos vapores acuosos, cambiando de forma, más no de materia.

No obstante, como ya he manifestado, mi calidad de ciudadano argentino me impone poner en ejercicio mis derechos cívicos, propendiendo a la vez al mejoramiento de las costumbres políticas.

Realizando este pensamiento y agitando su eficacia debo inscribirme en las filas de la agrupación opositora que levante ese programa, cuando más no sea como enseña especulativa para halagar al público y asegurar el triunfo; sin embargo, siempre será una esperanza, cuya constante agitación por la propaganda interesada, puede a la larga desprender chispas o semillas productoras o fecundantes de la virtud que se propala; lo que en nada es concebible esperar de la entidad gobernante, cuya obra es ya conocida y se modela en la mentada corrupción del sufragio.

Quédame todavía que anotar otra esperanza muy lisonjera, la que se fundamenta en el futuro gobernador, que no dudo será usted don Luis, y tendrá la oportunidad de realizar su programa de reacción política y encaminamiento del régimen administrativo y económico, modelando la obra de gobierno en las virtudes republicanas y financieras.

-Mí candidatura para regir los destinos de la provincia, contestó don Luis, la resolverá la convención del partido, formada por delegados de todos los departamentos, que ha convocado el jefe de la agrupación, don Antonio Astorga; debiendo reunirse el día veinte del corriente mes para designar el candidato y acordar los electores que se habrán de votar en las elecciones.

Según esas manifestaciones la convención debía dar su veredicto, consagrando el futuro mandatario, con la libertad e independencia propias de su entidad suprema, como encarnación genuina de la voluntad y representación del partido; sin embargo, mientras los delegados arribaban a la ciudad, el jefe de la agrupación celebraba sus conferencias secretas con uno o dos políticos expectables, de la confianza del primero, discutiendo en la intimidad, egoísmos y futuros planes políticos de la propia conveniencia, el candidato que en calidad de recomendación, como resultante de necesidad política, debía imponerse a la convención.

Por su vista desfilaron varios miembros de lo más representativo de la agrupación, figurando en primera línea don Luis Méndez, que a la vez tuvo la suerte de ser el primero de los descartados. Don Luis, se dijeron al unísono, es seguramente lo mejor que tenemos, el candidato ideal por su espectabilidad, representación, popularidad e ilustración; pero de ninguna manera nos conviene, por que ese malhadado carácter de que hace alarde es el mayor obstáculo par un hombre público, cuyas funciones le imponen el deber y la necesidad de desenvolver su acción gubernativa con la complacencia y beneplácito dirigente, como norma inviolable consagrada por las conveniencias del partido. Sin embargo, don Luis no entrará jamás por ese aro, siendo nosotros los primeros que nos veríamos obligados a retirarle nuestro concurso, afiliándonos en la oposición, después de cometer el absurdo de haber criado cuervos para que nos saquen los ojos; o cuando menos por cualquier nimiedad nos tirará el gobierno, dejándonos a todos colgados.

Con este criterio político personal acordaron como candidato a don Santiago Molina, cuya diplomacia, carácter e idiosincrasia partidista los liberaba cumplidamente de los peligros que les ofreciera don Luis.

La incógnita quedó así despejada y a medida que los delegados llegaban a la ciudad, su primera devoción, muchos sin siquiera sacudirse el polvo del camino, se exteriorizaba en visitar al jefe del partido don Antonio Astorga, recibiendo sus indicaciones, indispensables para orientarse en el oscuro laberinto en que los obligaba penetrar su delicada misión política.

Astorga, con la táctica estudiada del político moderno, les transmitía su manera de pensar en asunto tan serio, como él lo entendía, cuyas consecuencias entrañaban la suerte del partido, recomendándoles, como simple insinuación y bajo la más absoluta reserva, según decía, el candidato que gozaba de la simpatía de los amigos; con este lustre deslumbrador se doraba la píldora para facilitar su deglución.

La mayoría de los delegados aceptaba sin la mayor observación el candidato recomendado; sin embargo, no faltaban algunos de los más caracterizados y resueltos que objetaban en forma complaciente y amistosa, expresando nosotros por sí y los amigos que representamos, habríamos mirado complacidos que el designado por la convención lo fuera el presidente de la comisión central, don Luis Méndez, haciendo así justicia tanto a sus virtudes cívicas como a sus notables méritos ganados por el bien, integridad y consolidación del partido.

Efectivamente es así y don Luis era mi candidato, respondía Astorga, pero los amigos lo encuentran terco; opinión con que concuerda la mayoría de los delegados, con quienes he tenido ocasión de cambiar ideas, y como considero fundamental y digna de tomarse en cuenta esa aspiración del partido, no queda otro camino que proclamar a Molina, como la encarnación de esa legítima voluntad.

Amén, y que se cumpla ese deseo, manifestaban bondadosamente los delegados objetantes.

Mientras tanto el secreto de Astorga, transmitido confidencialmente a los delegados y otros amigos tuvo la misma reserva de los misterios de la trinidad, que ha pesar de ser tales, todos los fieles conocen o están obligados a conocer; ocurriendo que con la celeridad de una descarga eléctrica la nueva candidatura elaborada en el escritorio del jefe era conocida en todo San Luis.

Con esta hábil maniobra se había adelantado el proceso, de modo que cuando la convención se reunió en sesión para dar forma a su delicado cargo, sólo fue necesario que uno de los delegados más expectables propusiera la aceptación del candidato por aclamación unánime de la asamblea, cerrando así la puerta a cualquiera manifestación imprudente en desacuerdo con el pensamiento lanzado.

La moción fue aceptada como se proponía y don Santiago Molina fue consagrado futuro gobernador de San Luis, con la imperiosa investidura de “pese a quien pese y proteste quien proteste”.

Al aproximarse el día de la elección un regimiento de línea evolucionaba en las calles de la ciudad, justificando su presencia, según decían, la consigna de garantiza las libertades públicas y la verdad del sufragio; no obstante, los miembros del partido “Republicano” se vanagloriaban de contarle como su mejor aliado, jactancia que les sumaba numerosos adherentes, entresacados de las filas de los dudosos y especuladores.

Llegó la elección y el regimiento subdividió su tropa en secciones militares de quince plazas, que con órdenes reservadas, fueron estacionadas en todos los comicios.

Con la presencia de tantos máursers brillantes e imponentes, acostumbrados a ganar elecciones, los votantes timoratos y los cuerpeadores optaron por alejarse de las urnas, justificando así los últimos su abstención, que seguramente de ante mano estaría resuelta por la duplicidad o multiplicidad de compromisos y no poseer el don de la ubicuidad del sufragio.

El partido “Republicano” salió vencedor, celebrando su triunfo con atronadores disparos de bombas y manifestaciones entusiastas y ruidosas.

En consecuencia, don Santiago Molina ocupó el sillón gubernamental, siendo su palabra de orden: “nuevo gobierno, nuevos empleados”, y al tenor de tan enérgica sentencia desfiló a la calle todo el personal de la administración anterior, sin que escaparan de la terrible guadaña los ordenanzas, ni los maestros de escuela.

Los afiliados al partido “Republicano” llenaron las posiciones oficiales, contándose entre ellos Eduardo que fue designado para ocupar un importante cargo. Esta deferencia que entrañaba justa compensación, le costaba cara, por cuanto los trabajos electorales le habían obligado a fuertes desembolsos; erogaciones que superaban a la de otros más favorecidos por las ventajas y prebendas del triunfo.

Su condición de novicio, que disponía de dinero, lo sentenciaba a pagar en alto precio su aprendizaje político.

Todos los republicanos fueron relativamente bien colocados a excepción de don Luis Méndez, que a pesar de ser el candidato obligado por la recomendación de numerosos amigos y varios de lectores para desempeñar el ministerio de gobierno, fue eliminado por los mismos fundamentos que antes lo fuera para el cargo de gobernador.

Hablando de estas sorpresas y desconciertos que engendra la política, con el sacrificio de legítimas aspiraciones, sin considerar la justicia, la razón, las conveniencias públicas y el desengaño, don Luis le decía a Eduardo, nada tengo que extrañar; se bien que la política es un juego, como cualquier otro y para ser buen jugador o político es necesario arrancarse el corazón y a mí nunca me será dado desprenderme de los atributos morales, que según la poesía y la noción humana, tienen origen en esa víscera excelsa del organismo.

Me declaro, pues, impotente para ser político, y de reflejo imposibilitado para alcanzar los beneficios que depara esa propiedad psicológica, que como todas las predisposiciones del espíritu humano requiere el don de poseerla y manejarla con arte y sin retraimientos en la profesión del culto libre a las aspiraciones.

Veo, contestó Eduardo, que nos hemos juntado dos que padecemos del mismo mal y presumo que después de bañarnos en las saludables aguas de la política, rozarnos con todos sus enjuagues y trepidaciones, participando de las responsabilidades que las reglas y compromisos de partidismo hacen comunes a la colectividad, saldremos como aquel que interviene en negocios que no entiende, o sea en idénticas condiciones de fortuna que las que el dicho popular atribuye al gallo de Morón.

El flamante gobierno desarrolló su acción político-administrativa sin alterar en mucho los programas de sus antecesores, empleando esas márgenes diferenciales en ampliaciones que las circunstancias y su estabilidad hacían necesaria, exteriorizándose en los

presupuestos, número de personas afiliadas con inscripción en los cuadros de servidores del estado y algunas rotaciones más de presión en el torniquete político, para facilitar la elaboración electoral entregada a la sola mecánica policial.

Eduardo notaba con desconsuelo el continuo pasar del tiempo sin que aún se intentaran las reformas democráticas prometidas en el programa político de gobierno, preocupación que se estacionaba en su espíritu, por la carencia de válvula de escape. Don Luis Méndez, el único partidario que le inspiraba confianza, había tomado carta de retiro.

No obstante, su espectabilidad en el partido y las responsabilidades que en concordancia juzgaba le correspondían en lote, lo decidieron a tratar el asunto de potencia a potencia, entendiéndose directamente con el primer magistrado.

Planteadas la cuestión en los términos que la soñaba Eduardo, el gobernador, don Santiago Molina, le manifestó, como el mejor convencido: no hay la menor duda que estamos encuadrados en el marco, planes y principios democráticos y reaccionarios del programa de gobierno que prometimos implantar al iniciar nuestra campaña electoral, y que fue sagrado lema en toda nuestra vida política.

Allí tiene usted en prueba: elecciones al amparo de la más amplia libertad; no debiéndose olvidar que si el gobierno triunfa en todos los comicios que se debaten, lo justifica el fundamento lógico y racional de contar con mayor número de correligionarios, como la enseña elocuente de un gobierno de opinión, que se inspira en el bien y equidad públicos. Ahora, si los partidos opositores se abstienen de presentarse a las urnas a disputar el veredicto popular, la culpa no es nuestra; ellos obedecen a cálculos matemáticos que les arroja el coeficiente de su reconocida impotencia para luchar con un partido organizado e invencible como el nuestro.

Los presupuestos, prosiguió Molina, se amplían en relación con las necesidades públicas; los gobiernos no pueden morir de consunción, siendo indispensable para su tonicidad el auxilio decidido del mayor número de adherentes, que no son estatuas y en legítimo amparo del principio constitucional que establece, que todo servicio debe ser remunerado, no pueden vivir de ilusiones, aunque es verdad que algunos se extralimitan en sus exigencias.

La economía no consiste en no gastar, sino en emplear bien los recursos de que se dispone, y rindiendo los justos honores a esta noción financiera, no puede señalarse un gasto mejor justificado que aquel que responde al mantenimiento del gobierno, sin mengua en sus derechos políticos, poderío y respeto de sus autoridades, integridad de su territorio, cooperación y fomento a la justicia, amparo y garantía de los intereses privados.

Todo este complicado engranaje de la compleja máquina administrativa requiere personal y gastos inevitables.

Descuidar estas delicadas funciones gubernativas importaría declinar cobardemente de las responsabilidades del cargo que el pueblo me ha confiado, para que con razón se me llame tonto,

infeliz, incapaz y otros epítetos por el estilo, siendo la oposición la primera que me aplicará estos calificativos justificados y pasados en autoridad de cosa juzgada por la costumbre tradicional.

Sí, Eduardo, continuó Molina, no se inspire usted en los dicterios de los diarios opositores, que jamás encontrarán buena nuestra obra por más que nos empeñemos en rodearla y revestida con las bondades y galas divinas.

En política no hay términos medios; cada uno mira los asuntos y las cosas por el ojo de la llave de su puerta. Haga usted como yo: proscriba de su casa las publicaciones contrarias y así se librá de malas impresiones y nerviosidades molestas, buscando en compensación los diarios amigos, y entre legítimos halagos podrá anotar como desagravio de los epítetos burdos de aquellos, que por mal que nos lavemos siempre nos encontraran la cara limpia, como inequívoco reflejo de la pureza de nuestra conciencia y sano proceder.

Perfectamente, interrumpió Eduardo, pero con pequeñas variantes en esta misma amplitud de criterio ha oscilado el péndulo regulador de la política administrativa de todos los gobiernos, siendo injustificada y superflua esa tenaz propaganda de modificaciones y mejoramientos modelados en el gobierno de Platón.

Es verdad, contestó Molina; la oposición y el gobierno son dos potencias beligerantes que ocupan puntos o posiciones diametralmente opuestas en el criterio político, haciendo uso cada una en la lucha encarnizada de las armas y elementos de que le es dado disponer.

El segundo se parapeta en el poder, demarcándole a voluntad la amplitud y elasticidad que juzga menester; mientras que la primera amasa y comprime balas y embolios de palabras y promesas para sus cañones de papel. Mera cuestión del recurso de defensa consagrado por el mercado marcial en la guerra moderna.

Bien, se dijo para sí Eduardo, nada hay que esperar; este hombre por convicción o conveniencia se empeña estar en su derecho y deberes, sincerando su proceder en descargo de las responsabilidades de funcionarios; y siendo axiomático que toda su obra ha de sustanciarse con las cavilaciones y doctrinas calculadas del jefe del partido y otros altos dirigentes de la política, el mejor temperamento es dejarlo gobernar de acuerdo con su manera de pensar.

El gobernador, don Santiago Molina, siguió desarrollando sus planes gubernativos con las orientaciones diseñadas en su intercambio de ideas con Eduardo, y que pretendía estar encuadrados en su programa de mando; mientras tanto los diarios opositores formulaban al gobierno, como asimismo al partido republicano, idénticos cargos y acusaciones de que lo fuera en su época el gobierno y partido antecesor; aprestándose para batirlo en las próximas elecciones a ventilarse para la renovación constitucional de poder ejecutivo una oposición formidable bajo el rubro de partido "Libertador".

Este ostentaba la estrella afortunada de cobijarse bajo la bandera intangible de la política nacional, que había experimentado un nuevo cambio en los dominios del poder.

Esta modificación fundamental en el escenario del personal del gobierno, presentaba, en verdad, nuevos mandatarios, pero idénticos procedimientos políticos, como la sanción eterna de las costumbres que no experimentan ni admiten reformas radicales con el apresuramiento de un momento a otro, porque su proceso cívico refleja genuinamente el alma del pueblo, el sentimiento de una democracia todavía el embrión. La política sigue en su desenvolvimiento la corriente generadora que el mismo pueblo le imprime, buscando en sus trepidaciones una cabeza dirigente, un piloto que maneje y oriente la brújula de sus tendencias y destino; caracterizándose el mismo gobierno como la entidad más autorizada para ejercer esa magna función democrático-electoral, como parece haberlo pensado Sarmiento y otros estadistas de nota que han dirigido los destinos de nuestro país.

Así las elecciones se realizaron sin apartarse mayormente de las reglas comunes, triunfando, como estaba previsto de antemano, el partido "Libertador", que llevaba a su frente, como candidato a la primera magistratura, a don Pedro Ledesma.

Con este veredicto de las urnas cayó el partido "Republicano" a pesar de sus esfuerzos y erogaciones cuantiosas y extraordinarias en persecución del triunfo; resultante que Eduardo fue de los más sacrificados pecuniariamente, llevado por su delicadeza personal y poca habilidad en las maniobras económicas del flujo y reflujo de la marea electoral.

Escaló el mando Ledesma, gravando en la portada de la casa de gobierno, como preámbulo de su programa administrativo político, la fatídica leyenda consagrada por sus antecesores: "nuevo gobierno, nuevos funcionarios".

Eduardo que había dimitido su cargo nacional para dedicarse de lleno a las tareas de su posición provincial, y agotado su patrimonio en las exigencias de la lucha electoral con el desconsolador apéndice de sentirse enfermo y algo envejecido, se retiraba a la vida privada con la afligente perspectiva del aislamiento como humana encarnación del conocido refrán español: "se acabaron los higos, se acabaron los amigos"; efectivamente, las visitas más asiduas que recibía eran las de los implacables acreedores, alterando de vez en cuando con la del oficial de justicia que modificaba embargos y citaciones de remate de sus propiedades.

El deprimido estado de salud de Eduardo, azotado ingratamente por la derrupción inesperada de su modesta fortuna, fruto del trabajo honesto de tantos años, debía hacerlo desesperar.

Más, en el hogar sanluiseño existe siempre un ángel tutelar que vela en los momentos supremos, en las horas de amargura y de dolor; allí en el sagrado cetro del reino social está permanentemente de pie, como la imagen del bien, la mujer puntana, la noble y acendrada esposa, que con entereza y valor sabe inspirar resignación y consuelo.

Este rol, quizá el más grande, sublime y emocionante, como un laurel más de la virtud, que justo es reconocer a la hija de San Luis, debía ejercitar Dolmira, la personificación leal y genuina de aquella, que posesionada de su augusto ministerio, dijo a Eduardo con la serenidad y energía que alimenta la firme resolución: no hay que desesperarse por estos vaivenes de la fortuna; pues, que si tú por la mala salud no puedes trabajar ahora y a mí me es imposible obtener un puesto en la enseñanza, por no estar al partido gobernante, no por eso nos moriremos de hambre; en casa se elaborarán masitas, costuras y otros trabajos domésticos bajo mi dirección, cuyo beneficio sufragará las primordiales necesidades de nuestra subsistencia; sin olvidar tampoco que la tierra es dulce cuando se ingiere con la satisfacción de la conciencia tranquila.

Esas sagradas y alentadoras palabras retemplaron el ánimo de Eduardo, expresando en recompensa, bendición a nuestras damas, que como Cincinato, saben brillar su modestia en las alturas y descender al llano de la humildad económica con la conformidad que sustenta la delicadeza moral, la virtuosa satisfacción y grandeza del alma; terminando con esta especie de protesta íntima: sirva la dulce tierra de exquisito manjar de nuestra mesa, que como ejemplo supremo de una lección recibida y experimentada en la tarde de la existencia, cuando el sol de la actividad vital se aproxima al ocaso, obliga a la conformidad en la mujer, y al hombre a exclamar, parodiando la doctrina de Monroe: ¡la política para los políticos!.

***** FIN *****

